

Fiódor M. Dostoievski

La mansa



¡Viva la electricidad del pensamiento humano!

Lectulandia

Un prestamista cuarentón, militar retirado, concierta el matrimonio con una joven huérfana de dieciséis años, para rescatarla de la pobreza. Al empezar el relato, el cadáver de la muchacha lleva tendido seis horas delante del militar. ¿Qué ha pasado?

En *La mansa*, publicada dentro del *Diario de un escritor* en noviembre de 1876, Dostoievski abre la puerta a la intimidad de una pareja, desvela todo lo que oculta una relación institucionalmente determinada por la economía y la sumisión, y señala, al mismo tiempo, un inesperado camino a la salvación y a la lucidez. Pero ¿qué puede haber al final del camino, cuando el mundo se compone de «hombres solos rodeados de silencio»?

Esta *nouvelle* figura sin duda entre las obras maestras de Dostoievski.

Lectulandia

Fiodor Mijaïlovich Dostoevskii

La mansa

Relato fantástico

ePub r2.0

Titivillus 07.11.16

Título original: *Krótkiaia*
Fiodor Mijaïlovich Dostoevskii, 1876
Traducción: Víctor Gallego Ballester

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL AUTOR

Pido disculpas a mis lectores porque, por una vez, en lugar de ofrecerles el *Diario* en su forma habitual, les brindo un simple relato. Pero lo cierto es que este relato me ha ocupado la mayor parte del mes. En cualquier caso, apelo a la indulgencia del lector.

En cuanto al relato mismo debo decir lo siguiente: lo he denominado «fantástico», aunque lo considero realista en grado sumo. Pero lo cierto es que contiene también un elemento fantástico, precisamente la forma misma del relato. Antes de pasar adelante, considero necesario ofrecer algunas aclaraciones sobre ese particular.

El caso es que no se trata de un relato ni de unas anotaciones. Imaginaos a un marido que tiene delante de él, tendida sobre una mesa, a su mujer, que se ha suicidado unas horas antes arrojándose por la ventana. Está anonadado y aún no ha conseguido ordenar sus ideas. Va y viene por las habitaciones y se esfuerza por comprender lo que ha pasado, por «concentrar sus pensamientos en un punto». Añadamos a eso que es un hipocondríaco inveterado, uno de esos hombres que conversan consigo mismos. De modo que se está hablando, se cuenta lo ocurrido y procura *poner las cosas en claro*. A pesar de la aparente coherencia de su discurso, se contradice varias veces, tanto en la lógica como en los sentimientos. Tan pronto trata de justificarse como acusa a la difunta o se pierde en explicaciones accesorias, y sus consideraciones nos revelan la crudeza de sus pensamientos y de su corazón, así como la profundidad de sus sentimientos. Poco a poco consigue realmente *poner las cosas en claro* y concentrar «sus pensamientos en un punto». La sucesión de pensamientos que evoca acaba conduciéndole inexorablemente a *la verdad*; y esa verdad eleva inexorablemente su espíritu y su corazón. Al final hasta el tono del relato cambia, en comparación con el caótico comienzo. La verdad se revela al desdichado de manera bastante neta y precisa, al menos para sí mismo.

Ése es el tema. Naturalmente, el desarrollo del relato se prolonga durante varias horas, con cortes, interrupciones y una forma un tanto confusa: tan pronto está hablando consigo mismo como se dirige a un oyente invisible o a cierto juez. Pero así es como ocurren siempre las cosas en la realidad. Si un taquígrafo hubiera podido oírlo y anotarlo todo, habría resultado una narración más caótica e informe que la que yo ofrezco, pero creo que el fondo psicológico habría sido el mismo. Pues bien, ese supuesto de que un taquígrafo lo hubiera anotado todo (yo me habría limitado a pulir esas notas) es lo que llamo «fantástico» en este relato. Es un procedimiento que la literatura ha empleado ya más de una vez: Victor Hugo, por ejemplo, en su obra maestra *El último día de un condenado a muerte*, se valió de un recurso casi idéntico y, si bien en su narración no aparece ningún taquígrafo, incurrió en una

inverosimilitud aún mayor al suponer que un condenado a muerte dispone de la posibilidad (y el tiempo necesario) para tomar notas no solo en su último día, sino incluso en su última hora y literalmente en su último minuto. Pero, si no se hubiera permitido esa licencia, no existiría la obra, la más realista y verdadera de cuantas escribió.

CAPÍTULO I

... Mientras ella esté aquí, todo va bien: a cada instante me acerco a mirarla, pero ¿qué será de mí cuando se la lleven mañana y me quede solo? Ahora está en la sala, sobre la mesa, o mejor, sobre las dos mesas de juego que han puesto juntas; el ataúd lo traerán mañana, un ataúd blanco, guarnecido de *gros de Naples*... pero no es de eso de lo que quería hablar... No hago más que ir de un lado a otro, tratando de encontrar alguna explicación. Hace ya seis horas que lo intento y aún no he conseguido concentrar mis pensamientos en un solo punto. El caso es que no paro de ir de aquí para allá, de aquí para allá... Así es como han sucedido las cosas. Simplemente voy a contarlo por orden. (¡Por orden!) Señores, yo no soy ningún literato, como ya os habréis dado cuenta, pero qué más da: contaré las cosas como las entiendo. Eso es precisamente lo que me espanta: ¡que lo entiendo todo!

Por si quieren saberlo les diré –pues hay que empezar a contar las cosas por el principio– que ella había venido a mi casa a empeñar algunos objetos para poder pagar un anuncio en *La Voz* en el que, entre otras cosas, se decía que una institutriz aceptaría trabajar fuera de la ciudad, dar clases a domicilio, etc. Eso era al comienzo mismo, cuando yo, naturalmente, no la distinguía de los demás: venía como tantos otros, nada más. Luego empecé a fijarme en ella. Era delgadita, muy rubia, más bien alta que baja; conmigo siempre se mostraba un poco incómoda, como si se sintiera cohibida (creo que era así con cualquier extraño, y yo, ni que decir tiene, le importaba tanto como cualquier otro, quiero decir como persona, no como prestamista). En cuanto recibía el dinero, daba media vuelta y se marchaba. Y todo en silencio. Otros discuten, piden, regatean para que les den más; pero ella no, cogía lo que le daban... Creo que estoy perdiendo el hilo... Sí; lo primero que me sorprendió fueron los objetos que me traía: unos zarcillos de plata bañados en oro, un medalloncito de poca monta; objetos, en fin, de muy escaso valor. Ella misma sabía que no valían nada, pero yo veía en su cara que para ella eran preciosísimos; y, en efecto, más tarde me enteré de que era todo lo que le habían dejado sus padres. Solo una vez me permití reírme de sus cosas. Por lo demás, como comprenderán ustedes, nunca me permito tales reacciones; el tono que adopto con mis clientes es el de un auténtico caballero: pocas palabras, corteses y severas. «Severidad, severidad y severidad.» Pero un día se le ocurrió traerme los restos (y nunca mejor dicho) de una vieja chaquetilla de piel de liebre, y yo no pude contenerme y le dije algo que pretendía ser una broma. ¡Dios santo, se puso como la grana! Tenía ojos grandes, azules, pensativos, pero ¡cómo centellearon! No obstante, no dijo ni una palabra, cogió sus «restos» y se marchó. Fue entonces cuando por primera vez reparé y pensé en ella de esa manera, es decir, de una manera *especial*. Sí; aún me acuerdo de una impresión, la impresión principal, si

ustedes quieren, la síntesis de todo: a saber, que era terriblemente joven, tan joven que uno le habría echado catorce años, cuando en verdad solo le faltaban tres meses para cumplir los dieciséis. No obstante, no es eso lo que quería decir, no es ahí, ni mucho menos, donde está la síntesis. Al día siguiente apareció de nuevo. Más tarde me enteré de que había ofrecido la chaquetilla de marras a Dobronrávov y a Mózer, pero ellos no aceptan nada más que oro, así que no quisieron hablar siquiera del asunto. Yo, en cambio, le había aceptado una vez un camafeo (una baratija, la verdad), aunque después, al reflexionar, me había asombrado: yo tampoco acepto más que oro y plata, y sin embargo a ella le tomé el camafeo. Fue la segunda vez que pensé en ella, lo recuerdo muy bien.

En aquella ocasión, es decir, después de haber estado en casa de Mózer, me trajo una boquilla de ámbar, un objeto curioso para un aficionado, pero para nosotros una vez más desprovisto de valor, pues nosotros solo aceptamos oro. Como volvía después del *motín* de la víspera, la recibí con severidad. En mi caso, severidad significa sequedad. No obstante, al entregarle los dos rublos, no pude contenerme y le dije con cierto enfado: «Lo hago únicamente *por usted*; Mózer nunca le habría aceptado una cosa así». Subrayé de manera especial las palabras «por usted», con intención de darles *cierto sentido*. Estaba enfadado. Al oír ese «por usted», ella volvió a ponerse colorada, pero se calló, no arrojó el dinero, lo aceptó. ¡Lo que hace la pobreza! Pero ¡qué colorada se puso! Me di cuenta de que la había ofendido. Cuando se fue, me pregunté de pronto: ¿acaso esa victoria sobre ella no vale dos rublos? ¡Je, je, je! Recuerdo que me hice dos veces esa misma pregunta: «¿Los vale? ¿Los vale?». Y, riendo, contesté afirmativamente. Me sentí entonces muy contento. Pero no era un mal sentimiento: lo había hecho a propósito, de manera deliberada; quería probarla, porque empezaban a fermentar en mí ciertas ideas que la concernían. Fue la tercera vez que pensé en ella de manera *especial*.

En fin, fue en ese momento cuando empezó todo. Naturalmente, enseguida procuré informarme de todas las circunstancias por medio de terceros y esperaba su llegada con particular impaciencia. Pues presentía que no tardaría en volver. Cuando se presentó, entablé una amable conversación, haciendo gala de una extremada cortesía. No carezco de educación ni de modales. ¡Hum! Entonces me di cuenta de que era buena y sumisa. Las personas buenas y sumisas no se resisten mucho y, aunque no son muy expansivas, no saben eludir la conversación: responden con parquedad, pero responden, y, cuanto más avanza la conversación, más cosas dicen; basta con no cansaros, si queréis conseguir algo. Ni que decir tiene que en esa ocasión no me explicó nada. Solo después me enteré de lo del anuncio de *La Voz* y de todo lo demás. En aquella época empleaba sus últimos recursos en anuncios; al principio, naturalmente, con pretensiones: «Institutriz, aceptaría trabajar en provincias; enviar condiciones por correo». Luego: «Se acepta cualquier clase de trabajo: clases, dama de compañía, ama de llaves, cuidado de enfermos, costura», etc., etc. Ya saben cómo es eso. Desde luego, todos esos detalles se fueron añadiendo

al anuncio poco a poco; al final, cuando ya era presa de la desesperación, llegó a escribir: «Por la manutención, sin salario». ¡No, no encontraba colocación! Decidí entonces ponerla a prueba por última vez: cogí el número del día de *La Voz* y le enseñé un anuncio: «Muchacha joven, huérfana de padre y madre, trabajaría de institutriz de niños pequeños, preferentemente en casa de un viudo maduro. Puede ayudar a llevar la casa».

—Ya ve usted, esa chica lo ha publicado hoy por la mañana y seguro que por la tarde ya ha encontrado colocación. ¡Así es como hay que redactar los anuncios!

De nuevo se puso colorada, de nuevo sus ojos echaron chispas, se dio la vuelta y se marchó al punto. Esa actitud me gustó mucho. No obstante, yo ya estaba entonces seguro de todo y no tenía nada que temer: nadie iba a aceptar sus boquillas. Aunque la verdad es que ya andaba escasa hasta de boquillas. Así pues, dos días más tarde volvió a aparecer, muy pálida y agitada, y yo comprendí que le había ocurrido algo en casa, como así era. Enseguida contaré lo que pasó, pero primero quiero recordar cómo ese día la deslumbré y me gané su estima. Y de pronto adopté esa resolución. El caso es que me trajo ese icono (se había resignado a traerlo)... ¡Ah, oigan, oigan! Fue entonces cuando empezó todo, hasta aquí no he hecho más que embarullarme... Pero ahora quiero recordarlo todo, cada menudencia, cada detalle. Lo único que quiero es concentrar mis pensamientos en un punto, pero no lo consigo; y todos esos detalles, esos pequeños detalles...

Era un icono de la Virgen. La Virgen con el Niño, una imagen doméstica, hogareña, antigua, con marco de plata bañada en oro, y debía valer... bueno, pongamos unos seis rublos. Me di cuenta de que le tenía apego al icono y de que lo empeñaba entero, sin retirar el marco. Le dije que era mejor que lo retirara y que se llevara la imagen, pues, después de todo, eso de empeñar imágenes, en fin...

—¿Lo tiene usted prohibido?

—No, prohibido no, pero hágase usted cargo...

—Bueno, pues quíteselo.

—¿Sabe usted? Voy a dejarlo como está —le dije después de unos instantes de reflexión—. Y lo pondré allí, en el nicho, con los demás iconos, bajo la lamparilla. —Desde que había abierto la casa de empeños siempre lucía allí una lamparilla—. Y le daré sin más diez rublos.

—No necesito diez, deme cinco; lo rescataré sin falta.

—¿No quiere diez? El icono los vale —añadí, advirtiéndole que sus ojitos de nuevo echaban chispas. Ella no dijo nada. Le alargué cinco rublos—. No desprecie usted a nadie, también yo me he visto en tales apuros, si no peores, y si ahora me ve usted metido en este negocio... es por lo mucho que he tenido que soportar...

—¿Se venga usted de la sociedad? ¿Eh? —me interrumpió de pronto con una sonrisa bastante sarcástica, en la que, no obstante, había mucha inocencia (quiero decir que no iba dirigida a mí en particular, porque en ese momento ella no me distinguía en absoluto de los demás, así que lo dijo casi sin ánimo de ofender).

«¡Vaya! –pensé–. Ya veo cómo eres, y que tienes carácter, como se estila ahora.»

–Mire –observé al punto entre bromista y misterioso–. Soy una parte de ese todo que desea hacer el mal y siempre acaba engendrando el bien...

Ella me dirigió una mirada fugaz y llena de curiosidad, en la que, por cierto, había mucho de infantil.

–Espere... ¿Qué pensamiento es ése? ¿De dónde lo ha sacado? Lo he oído en alguna parte...

–No se devane los sesos: son las palabras con que Mefistófeles se presenta a Fausto. ¿Ha leído usted *Fausto*?

–No... no detenidamente.

–En otras palabras, que no lo ha leído. Pues debería hacerlo. Pero vuelvo a ver en sus labios un mohín de burla. Le ruego que no me atribuya el mal gusto de querer realzar mi papel de prestamista haciéndome pasar por Mefistófeles. Un prestamista es siempre un prestamista. Ya lo sabemos.

–Qué raro es usted... No tenía la menor intención de decirle algo así...

Quería decir: «No esperaba que fuera usted un hombre cultivado»; pero no lo dijo; en cualquier caso, yo sabía que lo había pensado. Ese detalle le había encantado.

–Ya ve usted –observé–, en cualquier ámbito se puede hacer el bien. Naturalmente, no estoy hablando de mí; yo no hago más que el mal, pero...

–Claro que se puede hacer el bien en cualquier coyuntura –dijo ella, dirigiéndome una mirada rápida y penetrante–. En cualquier coyuntura, no lo dude usted –añadió de pronto.

¡Ah, me acuerdo! ¡Me acuerdo de todos esos instantes! Y me gustaría añadir que, cuando los jóvenes, esos simpáticos jóvenes, quieren decir algo inteligente y profundo, con excesiva sinceridad y candidez ponen una cara en la que puede leerse: «Presta atención, que voy a decirte una cosa inteligente y profunda». Y no por vanidad, como nosotros, sino porque conceden un gran valor a todo eso, porque creen en sus palabras, las respetan y suponen que vosotros las respetáis tanto como ellos. ¡Ah, la sinceridad! ¡Eso es lo que les da la victoria! ¡Y qué encantadora era en ella!

¡Lo recuerdo, no he olvidado nada! Cuando se fue, me decidí de pronto. Ese mismo día hice las últimas pesquisas y me enteré de todo lo que me quedaba por saber, hasta de los detalles más íntimos de su vida presente; los secretos de su vida anterior los conocía por Lukeria, que entonces estaba a su servicio y a la que había sobornado unos días antes. Esos detalles eran tan terribles que no entiendo cómo había sido capaz de reírse poco antes y de interesarse por las palabras de Mefistófeles, cuando vivía en medio de tales horrores. Pero ¡así es la juventud! Eso pensé entonces de ella con orgullo y alegría, porque había en su actitud grandeza de ánimo: «Aunque me encuentre al borde del abismo, las grandiosas palabras de Goethe siguen resplandeciendo para mí». Los jóvenes siempre tienen grandeza de ánimo, aunque sea una pizca y no siempre la encaucen en la buena dirección. Estoy hablando de ella, solo de ella. Y lo principal es que ya entonces la consideraba *mía* y

no dudaba de mi poder. Y, ¿saben ustedes?, es un pensamiento de lo más voluptuoso, cuando ya no se duda.

Pero ¿qué estoy haciendo? Si sigo así, ¿cómo voy a concentrar mis ideas en un punto? Vamos, vamos. ¡Eso no es lo importante, Dios mío!

«Los detalles íntimos» de los que me enteré pueden resumirse en unas pocas palabras: su padre y su madre habían muerto hacía tiempo, tres años antes, y ella había quedado al cuidado de unas tías estafalarias. Aunque este calificativo se queda corto. Una de ellas era viuda y estaba cargada de hijos, nada menos que seis, todos de poca edad; la otra era una vieja solterona detestable. Ambas eran detestables. Su padre había sido funcionario, pero no había pasado de escribiente, y su nobleza era personal, no hereditaria^[1]; en resumidas cuentas: todo estaba a mi favor. Yo parecía surgir de un mundo superior: no en vano, era capitán ayudante retirado de un renombrado regimiento, noble de nacimiento, independiente y demás; y en cuanto a la casa de empeños, solo podía infundir respeto a las tías. Durante tres años había sido esclava de sus tías, pero, a pesar de todo, había aprobado no sé qué examen; había conseguido aprobarlo, arrancando algún momento a su despiadada labor cotidiana, lo que daba muestras de su aspiración por lo noble y lo sublime. Pero ¿para qué quería yo casarme? Sin embargo, no merece la pena hablar de mí; ya nos ocuparemos de eso más tarde... ¡Como si fuera de eso de lo que se trataba! Daba lecciones a los hijos de sus tías, cosía ropa blanca, y al final, por si no bastara con eso, le hacían fregar los suelos, a pesar de lo débil que tenía el pecho. La verdad es que hasta le pegaban y le echaban en cara cada mendrugo de pan. Y acabaron concibiendo la idea de venderla. ¡Uf! Pasaré por alto esos inmundos detalles. Más tarde ella misma me lo contó todo con pelos y señales. Todo aquello lo venía observando desde hacía un año un grueso comerciante del vecindario, y no un comerciante cualquiera, pues era propietario de dos tiendas de ultramarinos. A base de palizas, había mandado ya a la tumba a dos mujeres y andaba buscando una tercera; y miren por dónde le había echado el ojo a ella: «Es tranquila –pensaba–, ha crecido en la pobreza; pero si me caso es solo pensando en mis huérfanos». Y, en efecto, tenía hijos. Hizo su petición, empezó a negociar con las tías; añadiré que el hombre tenía unos cincuenta años. Ella estaba horrorizada. Fue entonces cuando empezó a frecuentar mi negocio para poder poner sus anuncios en *La Voz*. Finalmente, suplicó a sus tías que le dieran algún tiempo para pensarlo. Se lo concedieron, pero muy poco, y no dejaban de atosigarla: «Ni nosotras mismas sabemos qué vamos a comer y encima tenemos que alimentar una boca de más». Estaba al tanto de todas esas cosas y aquel día, después de lo que había sucedido por la mañana, me decidí. Esa misma tarde se presentó el comerciante; había traído de su tienda una libra de caramelos por valor de medio rublo; ella estaba sentada a su lado, pero yo llamé a Lukeria, que se hallaba en la cocina, y le pedí que se acercara y le susurrara que la esperaba junto al portón y que tenía algo urgente que comunicarle.

Estaba muy satisfecho de mí. En general, todo ese día me había sentido muy contento.

Allí, junto al portón, delante de Lukeria, le anuncié –había que ver lo sorprendida que estaba por el mero hecho de que la hubiera llamado– que consideraría una felicidad y un honor... En segundo lugar, le dije que no se asombrara de mi manera de proceder y de ese encuentro junto al portón: «Soy un hombre sincero y he estudiado las circunstancias del caso». Y no mentía al calificarme de hombre sincero. Bueno, dejemos eso. Hablé no solo de forma correcta, es decir, demostrando que era un hombre educado, sino también con originalidad, que es lo principal. ¿Qué pasa? ¿Acaso está mal reconocerlo? Quiero juzgarme y me juzgo. Debo hablar en pro y en contra, y así lo hago. Más tarde recordaría esa escena con placer, por absurdo que pueda parecer: en aquella ocasión declaré con toda claridad, sin empacho alguno, que, en primer lugar, no tenía mucho talento ni era muy inteligente, y quizá tampoco especialmente bondadoso; que era más bien un egoísta barato (recuerdo que esa expresión se me ocurrió por el camino y quedé muy satisfecho de ella) y que era más que probable que tuviera muchos otros rasgos desagradables. Todo eso lo dije con un orgullo de una clase muy especial; ya saben cómo se dicen esas cosas. Desde luego, tuve el suficiente buen gusto para, después de confesarle con nobleza mis defectos, no ponerme a enumerar mis virtudes, diciendo, por ejemplo: «Pero, en compensación, poseo tales y tales cualidades». Vi que ella aún tenía muchísimo miedo, pero yo no atenué mis palabras; al contrario, advirtiéndola lo asustada que estaba, cargué las tintas a propósito; le dije claramente que no pasaría hambre, pero que se olvidara de los vestidos, de los teatros y de los bailes, al menos hasta más tarde, cuando hubiera alcanzando mi propósito. Ese tono severo me entusiasmaba. Añadí, también como sin darle importancia, en la medida de lo posible, que, si había elegido esa ocupación, es decir, si mantenía esa casa de empeños, era con un solo fin, que había determinada circunstancia... La verdad es que tenía derecho a hablar de esa manera: ese fin y esa circunstancia existían realmente. Debo confesarles, señores, que soy el primero que toda la vida he odiado esa casa de préstamos, pero, en verdad, aunque resulte ridículo decirse a sí mismo frases enigmáticas, «me estaba vengando de la sociedad». ¡Sí, así es, así es! De manera que su broma de esa mañana, cuando me preguntó si me «estaba vengando», era injusta. Es decir, entiéndanme, si yo le hubiera dicho de manera expresa: «Sí, me vengo de la sociedad», ella se habría reído a carcajadas, como por la mañana, y la verdad es que habría sido ridículo. Mientras que, mediante una alusión indirecta y soltando una frase enigmática, fui capaz de excitar su imaginación. Además, en aquel momento no tenía miedo de nada: sabía que, en cualquier caso, el grueso comerciante le repugnaba más que yo y que, allí en el portón, aparecía como su liberador. Me daba perfecta cuenta. ¡Ah, el ser humano entiende especialmente bien las vilezas! Pero ¿era eso una vileza? ¿Se puede condenar a un hombre por algo así? ¿Acaso no la amaba ya entonces?

Esperen. Ni que decir tiene que no le hablé para nada de una buena acción; al

contrario, muy al contrario: «Soy yo quien debe sentirse agradecido, no *usted*». La verdad es que lo expresé hasta con palabras, incapaz de contenerme, y debió de resultar estúpido porque advertí una fugaz arruga en su frente. Pero en conjunto había ganado totalmente la partida. Esperen. Si hay que recordar toda esa inmundicia, debo mencionar una última porquería: mientras estaba allí delante de ella, esto es lo que me daba vueltas en la cabeza: «Eres alto, apuesto, bien educado y, en fin, sin que suene a fanfarronada, nada feo». Eso era lo que se me pasaba por la imaginación. Naturalmente, ella me dio el sí allí mismo. Pero... pero debo añadir una cosa más: estuvo un buen rato pensando antes de aceptarme. Tan sumida estaba en sus reflexiones que estuve a punto de preguntarle: «¿Y bien?»; y al final no pude contenerme y se lo pregunté con cierto rebuscamiento: «¿Y bien, señorita?».

–Espere un momento, déjeme que lo piense.

¡Y tenía una expresión tan seria que ya entonces podría haberlo adivinado todo! Pero, en vez de eso, me sentí ofendido: «¿Será posible que entre el tendero y yo no sepa a quién elegir?». ¡Ah, entonces todavía no entendía! ¡Entonces no entendía nada, absolutamente nada! ¡No he entendido nada hasta hoy! Recuerdo que Lukeria salió corriendo detrás de mí cuando ya me iba, se detuvo en medio del camino y me dijo atropelladamente: «Dios le recompensará, señor, por casarse con nuestra querida señorita, pero no se lo diga; es orgullosa».

¡Conque orgullosa!, me dije. Pero a mí me gustan las mujeres con orgullo. Están especialmente bien cuando... bueno, cuando uno ya no duda del poder que tiene sobre ellas, ¿no es así? ¡Ah, hombre vil y torpe! ¡Ah, qué satisfecho me sentía! Pero miren ustedes: cuando ella estaba entonces en el portón, sumida en sus reflexiones, antes de darme el sí, me asombraba, saben, que por su cabeza pudiera estar pasando el siguiente pensamiento: «Ya que seré infeliz tanto con uno como con otro, ¿no sería mejor elegir sin más al peor, es decir, al comerciante gordo, para que me mate a golpes cuanto antes durante una borrachera?». ¿Eh? ¿Qué dicen ustedes? ¿Creen que pudo albergar ese pensamiento?

Ahora tampoco lo entiendo. ¡Ahora tampoco entiendo nada! Acabo de decir que pudo albergar este pensamiento: de dos desgracias, elegir la peor, es decir, al comerciante. Pero ¿quién era el peor para ella entonces, el comerciante o yo? ¿El comerciante o el prestamista que citaba a Goethe? ¡Ésa es la cuestión! ¿Qué cuestión? Tampoco ahora comprendes nada: ¡tienes la respuesta encima de la mesa y sigues hablando de una «cuestión»! ¡Al diablo conmigo! En este caso no se trata de mí... Aunque, por lo demás, ¿qué puede importarme ahora que se trate o no de mí? Eso es lo que no puedo dilucidar. Será mejor que me vaya a la cama. Me duele la cabeza...

No he podido conciliar el sueño. ¿Cómo iba a dormir con ese latido martilleándome las sienes? Me gustaría desentrañar todo eso, todo ese fango. ¡Ah, el fango! ¡De qué fango la saqué entonces! ¡Debía comprenderlo, valorar mi conducta! Me agradaban también otros pensamientos, por ejemplo, que yo tenía cuarenta y un años y ella solo dieciséis. Eso me encantaba; esa sensación de desigualdad es deliciosa, deliciosa.

Yo quería, por ejemplo, celebrar una boda *à l'anglaise*, es decir, que estuviéramos solo nosotros, con dos testigos a lo sumo, de los cuales uno sería Lukeria, y luego coger enseguida un tren, aunque fuera para ir a Moscú (donde, por cierto, tenía que despachar un asunto) y pasar un par de semanas en un hotel. Pero ella se opuso, no lo permitió, y tuve que ir a presentar mis respetos a las tías, como parientes de cuyas manos la recibía. Cedí y tributé los debidos honores a las tías. Hasta regalé cien rublos a cada una y les prometí más, naturalmente sin decírselo a ella, para no disgustarla con tan sórdidos detalles. Al punto las tías se deshicieron en atenciones. Hubo una discusión a propósito de la dote: ella no tenía nada (y esta última palabra hay que entenderla en sentido casi literal), pero no quería nada tampoco. No obstante, conseguí convencerla de que no podía casarse sin nada, así que yo mismo me encargué de reunir la dote, pues ¿quién iba a hacerlo si no? Bueno, dejemos de hablar de mí. También conseguí entonces comunicarle alguna de mis ideas, para que al menos las conociera. Es posible que me precipitara. Lo importante es que, desde el principio, a pesar de sus esfuerzos por refrenarse, corría a mi encuentro con amor, me recibía con alegría, cuando yo llegaba por la tarde, me contaba balbuceando (¡ese encantador balbuceo de la inocencia!) toda su infancia y su adolescencia y me hablaba de la casa paterna y de sus padres. Pero yo me apresuré a echar un jarro de agua fría sobre su entusiasmo. En eso consistía mi plan. A sus arrebatos respondía con mi silencio, un silencio benévolo, naturalmente... pero en cualquier caso ella se dio cuenta enseguida de las diferencias que había entre nosotros y de que yo era un enigma. ¡Y eso era precisamente lo que pretendía! ¡Tal vez cometí toda esa estupidez con el único propósito de plantearle un enigma! Severidad ante todo... Así pues, cuando la llevé a mi casa, impuse un régimen de severidad. En suma, aunque estaba entonces muy contento, me creé todo un sistema. ¡Ah, surgió por sí solo, sin ningún esfuerzo por mi parte! Y no podía ser de otra manera: el curso de los acontecimientos me obligó a organizar ese sistema... Entonces, ¿por qué me acuso a mí mismo? Era un sistema de verdad. No, escuchen, cuando se juzga a un hombre, hay que hacerlo con conocimiento de causa... Escuchen.

No sé por dónde empezar, porque se trata de algo muy difícil. En cuanto empieza uno a justificarse, surgen las dificultades. Vean ustedes: la juventud desprecia, por

ejemplo, el dinero... Yo enseguida puse el acento en el dinero, insistí una y otra vez en esa cuestión. Y lo hice con tanto empecinamiento que ella se encerró cada vez más en el silencio. Abría mucho los ojos, escuchaba, miraba y callaba. Fíjense ustedes, los jóvenes son magnánimos –me refiero a los jóvenes bondadosos–, magnánimos e impetuosos, pero poco tolerantes: en cuanto algo no les cuadra, ya están expresando su desprecio. Yo quería que tuviera amplitud de miras; quería que esa actitud prendiera en su corazón, que fuera carne de su carne, ¿me comprenden? Pongamos un ejemplo trivial: ¿cómo podía explicar a una persona así que tuviera una casa de empeños? Naturalmente no me puse a hablar sin más de la cuestión, pues habría parecido que le estaba pidiendo perdón por mi negocio, sino que procedí con orgullo, por decirlo así, y casi no pronuncié palabra. Soy todo un maestro en eso de hablar sin decir apenas nada; he pasado toda mi vida expresándome de ese modo y he soportado verdaderas tragedias sin despegar los labios. ¡Ah, yo también he sido desgraciado! He sido rechazado por todos; sí, rechazado y olvidado, y nadie lo sabe. Y de pronto, esa muchacha de dieciséis años se enteró de ciertos detalles de mi vida por boca de unos miserables, y creía saberlo todo, cuando el verdadero secreto seguía guardado en el pecho de quien esto escribe. Yo callaba todo el tiempo, sobre todo cuando estaba con ella, y eso hasta el día de ayer. ¿Por qué callaba? Porque soy un hombre orgulloso. Quería que lo comprendiese por sí misma, sin que mediara mi ayuda, sin los comentarios de esos miserables. ¡Quería que ella misma adivinara quién era yo y me comprendiera a fondo! Al llevarla a mi casa, quería que me tributara un respeto absoluto. Quería que me rindiera pleitesía por mis sufrimientos, pues lo merecía. Ah, siempre he sido orgulloso, siempre he sido partidario del todo o nada. Precisamente porque no puedo aceptar una felicidad a medias y lo quería todo, precisamente por eso, me vi obligado a proceder de ese modo: «¡Descúbrelo tú misma y aprecia mi valía!». Porque convendrán conmigo en que, si me hubiera puesto a darle explicaciones y a dejar caer pistas, si me hubiera andado con rodeos y le hubiera suplicado respeto, habría sido lo mismo que pedir limosna... Y sin embargo... Y sin embargo, ¡no sé a qué viene todo esto!

¡Es estúpido, estúpido, estúpido! Le expliqué entonces en dos palabras, con toda claridad y crudeza (recalco lo de la crudeza), que la magnanimidad de la juventud es encantadora, pero no vale un céntimo. ¿Por qué? Porque apenas le cuesta nada, la adquiere sin haber vivido; todo eso, por decirlo de alguna manera, no son más que «las primeras impresiones del ser», ¡pero espera a verte en dificultades! La magnanimidad barata siempre es fácil; incluso entregar la vida es barato, porque en la juventud hierva la sangre, hay un exceso de energía y se siente un anhelo apasionado de belleza. En lugar de eso, trate usted de realizar una proeza de la magnanimidad que sea difícil, silenciosa, anodina, sin brillo, expuesta a la calumnia, donde el sacrificio inmenso no reporte ni un ápice de gloria, donde usted, hombre intachable, aparezca ante todos como un canalla, cuando en verdad es la persona más honrada del mundo. ¡Vamos, pruebe a llevar a cabo esa heroicidad! Pero ¡no, no se decidirá! Pues

yo no he hecho otra cosa en mi vida que cargar con la cruz de semejante proeza. Al principio ella me contradecía, ¡y cómo!, pero luego se fue callando, hasta quedar muda del todo, limitándose a poner los ojos como platos y escucharme con atención. Y... y, además, vi de pronto una sonrisa incrédula, silenciosa, desagradable. Y con esa sonrisa la llevé a mi casa. La verdad es que no tenía ningún otro lugar al que ir...

¿Quién de nosotros empezó?

Ninguno. Los acontecimientos siguieron su propio curso desde el principio. Ya he dicho que al llevarla a mi casa instauré un régimen de severidad; sin embargo, lo suavicé inmediatamente. Ya antes de casarnos le había explicado que se encargaría de recibir los objetos empeñados y de entregar el dinero, y ella no había objetado nada (no se olviden de ese detalle). Además, se entregó a su tarea con entusiasmo. Naturalmente, la casa y el mobiliario siguieron como antes. La vivienda se componía de dos habitaciones: una sala grande, una parte de la cual estaba ocupada por el negocio, y otra, también grande, nuestra habitación, pieza común, en la que teníamos el dormitorio. Mis muebles eran bastante pobres; hasta las tías los tenían mejores. La urna de los iconos con la lamparilla se hallaba en la sala donde estaba el negocio; en mi habitación tenía un armario con varios libros y la arqueta, cuyas llaves llevo siempre conmigo; allí también estaba la cama, un par de mesas y unas sillas. Ya antes de casarnos le había dicho que para los gastos corrientes, es decir, para la manutención suya, mía y de Lukeria, a quien había tomado a nuestro servicio, había fijado la suma de un rublo diario, no más. «Necesito reunir treinta mil rublos en tres años –le dije–, y no hay otro modo de lograrlo.» Ella no opuso ninguna objeción, pero yo mismo aumenté la suma en treinta kópeks. Otro tanto sucedió con el teatro. Le había dicho durante nuestro noviazgo que no iríamos al teatro, pero luego decidí llevarla una vez al mes, y de una manera conveniente, reservando localidades en el patio de butacas. Fuimos juntos tres veces y vimos, si no recuerdo mal, *La búsqueda de la felicidad* y *Las aves canoras*. (¡Ah, al diablo con eso, qué puede importar!) Íbamos en silencio y en silencio regresábamos. ¿Por qué, por qué decidimos callar desde el principio? Pues desde el primer momento no hubo discusiones, sino silencio. Recuerdo que ella me miraba de soslayo, y yo, en cuanto me daba cuenta, me empecinaba aún más en mi silencio. A decir verdad, fui yo, no ella, quien se obstinó en callar. Hubo un par de arrebatos por su parte, en los que se arrojó en mis brazos; pero, como se trataba de arrebatos enfermizos, histéricos, y lo que yo necesitaba era una dicha firme y respeto por su parte, la acogí con frialdad. Y tenía razón: siempre que se producía uno de esos arrebatos, discutíamos al día siguiente.

Bueno, en rigor no puede hablarse de discusiones, pero sí de silencio, y además su actitud era cada vez más insolente. «Rebelión e independencia», eso es lo que tenía en la cabeza, pero no sabía cómo actuar. Sí, ese rostro manso iba adquiriendo una expresión cada vez más insolente. No me creerán, pero la verdad es que me fue cogiendo asco; estoy seguro. Y no cabe duda de que a veces se salía de sus casillas. Pero díganme, después de haber escapado de ese fango y de esa miseria, después de

haber fregado tantos suelos, ¿cómo era posible que, de buenas a primeras, se pusiera a echar pestes de nuestra pobreza? Y miren ustedes: no se trataba de pobreza, sino de economía; cuando era necesario, nos permitíamos algún lujo, por ejemplo en la ropa blanca o en el aseo. Yo siempre había imaginado que a la mujer le gusta que su marido sea aseado. Sin embargo, ella no se quejaba de la pobreza, sino de mi pretendida cicatería en el gobierno de la casa. «Tiene un fin –se decía probablemente–, quiere mostrar firmeza de carácter.» Ella misma renunció de pronto al teatro. Y cada vez se acentuaba más ese mohín de burla... mientras yo redoblaba mi silencio, redoblaba mi silencio...

¿Debería haber tratado de justificarme? Lo principal aquí era la casa de empeños. Déjenme que me explique: yo sabía que una mujer, y más aún de dieciséis años, no tiene más remedio que someterse por entero a su marido. Las mujeres carecen de originalidad; eso es un axioma; ¡incluso ahora es para mí un axioma! Poco importa que yazga encima de la mesa: la verdad es la verdad, y ni siquiera el propio Stuart Mill puede cambiarla. Pero la mujer amante... ¡Ah, la mujer amante adora incluso los vicios y los crímenes del ser amado! Él mismo no hallará nunca las justificaciones a sus fechorías que ella sabrá encontrar. Todo eso es magnánimo, pero no original. A las mujeres lo único que las pierde es su falta de originalidad. ¿Y qué puede importar, lo repito, que me señalen esa mesa de ahí? ¿Acaso es original que yazga sobre la mesa? ¡Ay!

Escuchen: en aquel entonces yo estaba convencido de su amor. A veces hasta se me arrojaba al cuello. Eso significa que me quería o, mejor dicho, que deseaba quererme. Sí, así era: deseaba quererme, buscaba la manera de quererme. Pero lo principal es que no había fechorías de ningún tipo a las que hubiera que buscar justificación. Dirán ustedes: «Un prestamista»; todo el mundo lo dice. ¿Y qué pasa por que sea prestamista? Sus razones habrá para que el más generoso de los hombres se haya convertido en prestamista. Miren ustedes, ciertas ideas... Quiero decir que resulta bastante estúpido expresar ciertas ideas con palabras. Hasta el punto de que uno mismo siente vergüenza. ¿Y por qué? Por nada. Porque todos nosotros somos una basura y no soportamos la verdad; no se me ocurre otra razón. Acabo de decir «el más generoso de los hombres». Suena ridículo, pero así era en realidad. ¡Es la verdad, una verdad como un templo! Sí, *tenía derecho* entonces a tratar de asegurar mi futuro y a abrir esa casa de préstamos: «Vosotros, hombres, me habéis rechazado, me habéis expulsado con vuestro despectivo silencio. Al apasionado afán con que buscaba vuestra compañía habéis respondido con una ofensa que no olvidaré mientras viva. Por tanto, tenía derecho a levantar un muro entre vosotros y yo, a amasar esos treinta mil rublos y a acabar mis días en algún lugar de Crimea, en la costa meridional, entre montañas y viñedos, en mi propia hacienda, comprada con esos treinta mil rublos; y, sobre todo, lejos de todos vosotros, pero sin ningún rencor, con un ideal en el alma, en compañía de mi querida esposa y de mis hijos, si Dios tenía a bien concedérmelos, y ayudando a los campesinos de los alrededores». Naturalmente, está bien que yo

mismo diga ahora esas cosas de mí, pero ¿podría haber cometido mayor estupidez que expresarlas entonces en voz alta? De ahí mi orgulloso silencio; de ahí que pasáramos el tiempo sin hablarnos. Pues ¿qué habría podido entender ella? Tenía dieciséis años, estaba en la primera juventud, ¿cómo iba a comprender mis justificaciones, mis sufrimientos? Había en ella mucha rigidez, desconocimiento de la vida, convicciones juveniles baratas, esa ceguera de las «almas bellas», pero ante todo estaba la casa de empeños, ¡y eso era más que suficiente! (Pero ¿acaso era un prestamista ladrón? ¿Es que no veía cómo me comportaba y que nunca pedía de más?) ¡Ah, qué terrible es la verdad en este mundo! ¡Esa criatura encantadora, sumisa, celestial, era un tirano, un tirano implacable de mi alma, un verdugo! ¡Me calumniaría a mí mismo si no lo dijera! ¿Creen ustedes que no la quería? ¿Quién puede decir que no la quería? ¿Es que no ven la ironía, la perversa ironía del destino y de la naturaleza? ¡Estamos malditos! ¡La vida de los hombres, en general, está maldita! (¡Y la mía en particular!) ¡Ahora me doy cuenta de que me equivoqué en algo! ¡Algo no salió como debía! Todo estaba claro, mi plan era tan claro como el cielo: «Severo, orgulloso, no necesita consuelo moral de nadie, sufre en silencio». Y así era en realidad, ¡no mentía, no mentía! «Con el tiempo ella misma descubrirá mi generosidad, por más que ahora no sepa verla; y el día que la descubra, la apreciará diez veces más y se pondrá de rodillas ante mí, juntando las manos en ardiente plegaria.» Ése era el plan. Pero debí olvidar o perder de vista algún detalle. Hubo algo que no supe hacer. Pero basta, basta. ¿Y a quién pedir perdón ahora? No se puede volver atrás en el tiempo. ¡Sé valiente, hombre, demuestra tu orgullo! ¡No fue culpa tuya!...

En fin, diré la verdad; no tendré miedo de mirar la verdad a la cara. ¡La culpa la tuvo *ella*, la culpa la tuvo *ella*!...

Las disputas empezaron cuando a ella, de pronto, se le ocurrió hacer los préstamos a su manera y tasar los objetos por encima de su valor; incluso un par de veces se atrevió a discutir el asunto conmigo. Yo le manifesté mi desacuerdo. Y fue entonces cuando apareció esa viuda de capitán.

Se presentó la anciana con un medallón, regalo de su difunto marido; bueno, ya se sabe, un recuerdo. Le di treinta rublos. Se puso a gemir y a implorar con voz lastimera que no lo vendiéramos; naturalmente, yo la tranquilicé. Resumiendo, a los cinco días volvió para cambiarlo por un brazalete que no valía ni ocho rublos; ni que decir tiene que me negué. Es probable que adivinara algo en los ojos de mi mujer, pues el caso es que volvió en mi ausencia, y que ella le cambió el medallón.

Al enterarme ese mismo día, le hablé con mansedumbre, pero en términos firmes y razonables. Estaba sentada en la cama, mirando el suelo, dando golpecitos en la alfombra con la punta del pie derecho (un gesto muy suyo); en sus labios se dibujaba una sonrisa maliciosa. Entonces, sin levantar lo más mínimo la voz, le aclaré con la mayor serenidad que ese dinero era *mío*, que tenía derecho a ver la vida con *mis propios* ojos y que, cuando la había invitado a entrar en mi casa, no le había ocultado nada.

De pronto ella se levantó de un salto, temblando de pies a cabeza, y, llevada de la cólera que sentía contra mí —¿pueden creerlo?—, se puso a patalear; era una fiera, una furia; era una fiera enfurecida. Estaba paralizado de asombro: nunca me había esperado semejante arrebato. Pero no perdí el dominio de mí mismo, ni siquiera me moví, y con la misma voz serena de antes le declaré con toda claridad que a partir de ese momento le prohibía participar en mis ocupaciones. Ella se rió en mi cara y salió a la calle.

El caso es que no tenía derecho a marcharse así. Ya antes de casarnos habíamos convenido en que no iría a ninguna parte sin mí. Cuando volvió por la tarde, no le dirigí la palabra.

Al día siguiente también se marchó por la mañana, y al otro lo mismo. Yo cerré el negocio y fui a ver a sus tías. Después de la boda había roto toda relación con ellas: ni las recibía en mi casa ni aparecía por la suya. Me enteré de que no había ido a verlas. Me escucharon con curiosidad y se rieron en mis propias narices: «Se lo tiene merecido», me dijeron. Pero ya había contado yo con sus burlas. A continuación soborné a la menor de las tías, la soltera, prometiéndole cien rublos, de los que le adelanté veinticinco. Al cabo de dos días vino a verme y me dijo: «En el asunto está mezclado un oficial, el teniente Yefímovich, antiguo compañero suyo de regimiento». Yo me quedé muy sorprendido. Ese Yefímovich era la persona que más me había

perjudicado en el regimiento, pero un mes antes había tenido el descaro de presentarse en mi negocio un par de veces, con el pretexto de empeñar un objeto, y recuerdo que había empezado a bromear con mi mujer. Yo entonces me acerqué y le dije que, en consideración a nuestras antiguas relaciones, hiciera el favor de no volver a aparecer por allí; pero no se me pasó por la cabeza que pudiera suceder algo semejante; simplemente, pensé que era un insolente. Y ahora, de pronto, la tía me anunciaba que ya habían concertado una entrevista y que, detrás de todo aquel asunto, estaba una antigua conocida de las tías, Yulia Samsónovna, viuda de un coronel: «Es a su casa adonde se dirige ahora su esposa».

Abreviaré la historia. El asunto vino a costarme cerca de trescientos rublos, pero a los dos días había arreglado las cosas de tal modo que pude instalarme en la habitación contigua, detrás de una puerta entornada, y escuchar ese primer *rendez-vous* a solas entre mi mujer y Yefímovich. Unas horas antes, la víspera, habíamos tenido una disputa breve, pero muy significativa para mí.

Regresó al anochecer, se sentó en la cama, me dirigió una mirada burlona y empezó a dar golpecitos en la alfombra con el pie. De pronto, mientras la miraba, me acometió la idea de que en ese último mes o, mejor dicho, en esas últimas dos semanas, su carácter había cambiado de manera drástica; hasta podría decirse que se había convertido en su propia antítesis. Era una criatura violenta, agresiva, no puedo decir que desvergonzada, pero sí descomedida y con ganas de armar gresca. Buscaba la manera de armar gresca. Pero su mansedumbre se lo impedía. Cuando una mujer así se rebela, se ve enseguida que, aunque se pase de la raya, ella misma tiene que forzarse y aguijonearse, y que a pesar de todo no puede quebrar su sentido de la moralidad y de la decencia. Por eso tales mujeres a veces llegan tan lejos que uno no puede creer lo que ven sus propios ojos. Un alma habituada a la depravación, por el contrario, siempre atenúa las cosas; procede de una forma más infame, pero con cierta apariencia de decoro y decencia, con la pretensión de quedar por encima de todos.

—¿Es verdad que le expulsaron a usted del regimiento porque tuvo miedo de batirse en duelo? —preguntó de pronto, de buenas a primeras, y sus ojos centellearon.

—Sí; por decisión de los oficiales se me obligó a abandonar el regimiento, aunque había pedido el retiro antes de eso.

—¿Le expulsaron por cobarde?

—Sí, eso decía la sentencia. Pero no me negué a batirme por cobardía, sino porque no quise someterme a su tiránica decisión y desafiar a un hombre cuando no me sentía ofendido. Debe usted saber —no pude dejar de añadir— que rebelarse contra esa clase de tiranía y afrontar todas las consecuencias requiere mucha más valentía que batirse en duelo.

No había podido contenerme y había pronunciado una frase que sonaba como una justificación; y era eso lo que ella estaba esperando, esa nueva humillación mía. Estalló en una risa maligna.

–¿Y es verdad también que, durante tres años, iba por las calles de San Petersburgo como un vagabundo, pidiendo limosna, y que pasaba las noches debajo de las mesas de billar?

–Y también en la plaza de la Paja, en la casa Viázemski^[2]. Sí, es verdad; después de abandonar el regimiento, tuve que soportar muchas situaciones oprobiosas y denigrantes, pero sin sufrir ningún menoscabo moral, porque ya entonces era yo el primero en detestar mi conducta. Aquello no fue más que un desmayo de la voluntad y de la razón, motivado por lo desesperado de mi situación. Pero todo eso pertenece ya al pasado...

–¡Ah, sí, ahora es usted todo un personaje, un financiero!

Era una alusión a la casa de préstamos. Pero yo ya había conseguido dominarme. Me di cuenta de que deseaba escuchar explicaciones humillantes para mí y no se las di. En ese momento sonó la campanilla, anunciando la llegada de un cliente, y yo pasé a la sala. Una hora más tarde, estando ya vestida para salir, se detuvo delante de mí y me dijo:

–Pero usted no me dijo nada de eso antes de la boda.

Yo no respondí y ella se marchó.

En suma, al día siguiente me encontraba en aquella habitación contigua, detrás de la puerta, y escuchaba cómo se decidía mi suerte; llevaba en el bolsillo un revólver. Ella se había puesto sus mejores galas y estaba sentada a la mesa, mientras Yefímovich se pavoneaba delante de ella. Y figúrense, todo resultó (lo digo en mi honor) como había previsto y supuesto, aunque ni yo mismo fuese consciente de mis previsiones y suposiciones. No sé si me expreso de manera comprensible.

Esto es lo que pasó. Estuve escuchando una hora entera y a lo largo de esa hora asistí a un duelo entre la mujer más noble y de espíritu más elevado y un individuo mundano, depravado y limitado, con un alma rastrera. ¿Cómo es posible, pensaba yo, que esa mujer mansa, ingenua y poco locuaz sepa todas esas cosas? Ni el autor más ingenioso de comedias ligeras habría sido capaz de escribir esa escena de burlas, carcajadas ingenuas y santo desprecio de la virtud en aras del vicio. Y ¡qué chispeantes eran sus palabras y sus breves comentarios, qué ingenio denotaban sus rápidas respuestas, cuánta verdad había en sus reprobaciones! Y, al mismo tiempo, ¡cuánta ingenuidad casi virginal! Se reía en la propia cara del teniente de sus declaraciones de amor, de sus gestos, de sus proposiciones. Yefímovich, que había acudido con la idea de un asalto sin contemplaciones y que no había esperado encontrar resistencia, se encontró de pronto desarmado. Al principio yo no podía dejar de pensar que se trataba de simple coquetería por parte de ella... «de la coquetería de un ser perverso, pero ingenioso, que quiere hacerse valer». Pero la verdad resplandeció como el sol, sin que cupiera albergar ninguna duda. Solo llevada de un odio impetuoso e insincero a mí, había sido capaz esa criatura inexperta de concertar esa cita, pero cuando llegó el momento de la verdad, se le abrieron de pronto los ojos. Había tratado de ofenderme por un medio u otro, pero, una vez

decidida a cometer semejante vileza, no había podido soportar tamaña irregularidad. Y, en verdad, ¿cómo habría podido Yefimovich o cualquier otro de esos individuos mundanos seducir a una mujer como ella, tan pura e inocente, con tales ideales? Al contrario, para ella solo era motivo de risa. Toda la verdad resplandeció en su alma y la indignación hizo brotar sarcasmos de su corazón. Lo repito: aquel bufón se vio al final completamente desarmado y se quedó sentado, con el ceño fruncido, sin responder apenas, hasta el punto de que empecé a temer que se atreviera a ultrajarla movido de un bajo espíritu de venganza. Y vuelvo a repetirlo: puedo decir en mi honor que escuché toda esa escena sin apenas asombro. Era como si estuviera asistiendo a algo conocido. Me parecía que había acudido a ese lugar para contemplar precisamente eso. Había ido sin creer en nada, sin dar crédito a ninguna acusación, aunque me había guardado el revólver en el bolsillo... ¡ésa es la verdad! Pero ¿podía acaso imaginar otra conducta por su parte? En tal caso, ¿por qué la quería? ¿Por qué la tenía en tan alta estima? ¿Por qué me había casado con ella? Ah, naturalmente, quedé entonces completamente convencido de lo mucho que me odiaba, pero también de lo pura que era. Interrumpí bruscamente la escena abriendo la puerta. Yefimovich pegó un salto, yo cogí a mi mujer de la mano y la invité a salir conmigo. Yefimovich se recobró y, de pronto, estalló en una carcajada sonora y estridente:

–¡Ah, no puedo decir nada contra los santos deberes conyugales! ¡Llévesela! ¡Llévesela! Ya sabe –me gritó cuando salía– que un hombre de honor no puede batirse con usted, pero de todos modos, por respeto a la señora, me pongo a su disposición... Suponiendo que tenga usted valor...

–¿Has oído? –le pregunté, deteniéndola un segundo en el umbral.

Luego, a lo largo de todo el camino, no intercambiamos ni una sola palabra. Yo la llevaba del brazo y ella no oponía resistencia. Al contrario, estaba terriblemente sorprendida, pero ese estado solo duró hasta que llegamos a casa. Una vez dentro, se sentó en una silla y me miró fijamente. Estaba muy pálida; aunque sus labios se habían plegado en ese mohín de burla, me miraba con solemne y severa expresión de desafío; por lo visto, en los primeros momentos estaba plenamente convencida de que iba a matarla de un disparo. Pero yo saqué el revólver del bolsillo sin abrir la boca y lo dejé en la mesa. Ella me miró y luego volvió los ojos al revólver. (No se olviden de que ella conocía ese revólver. Lo había adquirido cuando abrí la casa de empeños y estaba cargado desde entonces. Cuando puse ese negocio, tomé la decisión de no tener grandes mastines ni un criado musculoso, como el que servía a Mózer, por ejemplo. A mis clientes les abría la cocinera. Pero en una actividad como la nuestra, no puede uno privarse, por lo que pueda pasar, de un medio de defensa personal, y yo me había decidido por un revólver cargado. Los primeros días que pasó en mi casa, ella se interesó mucho por el revólver y me hizo algunas preguntas; yo le expliqué incluso el mecanismo y el modo de usarlo y una vez hasta la persuadí para que disparara contra un blanco. Tengan todo eso en cuenta.) Sin prestar atención a su mirada asustada, me tumbé en la cama a medio vestir. Estaba muy cansado: eran ya

cerca de las once. Ella siguió sentada en el mismo sitio, sin moverse, cerca de una hora; luego apagó la vela y se tumbó, vestida también, en el sofá que había junto a la pared. Era la primera vez que no dormía a mi lado; no pierdan tampoco de vista ese detalle...

Paso a ocuparme ahora de ese recuerdo terrible...

Me desperté a eso de las ocho, si no recuerdo mal; la luz de la mañana entraba ya en la habitación. Me desperté de golpe, con plena conciencia, y abrí enseguida los ojos. Ella estaba junto a la mesa y tenía el revólver entre las manos. No se dio cuenta de que me había despertado y la estaba mirando. De pronto vi que se acercaba hacia mí con el revólver. Me apresuré a cerrar los ojos y fingí que estaba profundamente dormido.

Llegó hasta la cama y se detuvo a mi lado. Yo lo oía todo; se había hecho un silencio de muerte, pero oía también ese silencio. En ese momento, sacudido por una especie de movimiento convulsivo, abrí los párpados en contra de mi voluntad, sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Ella me miraba fijamente a los ojos y acercaba el revólver a mi sien. Nuestras miradas se encontraron, pero eso no duró más que un instante. Haciendo un esfuerzo, volví a cerrar los párpados y en ese momento decidí con toda mi alma que no volvería a moverme ni abriría los ojos, pasase lo que pasase.

Sucede a veces que un hombre profundamente dormido abre de pronto los ojos y hasta levanta por un segundo la cabeza y pasea la mirada por la habitación; al cabo de un momento, vuelve a apoyar la cabeza en la almohada, se queda otra vez dormido y no se acuerda luego de nada. Cuando, después de que nuestras miradas se encontraran y de sentir el revólver junto a mi sien, volví a cerrar los ojos y me quedé inmóvil, como si estuviera profundamente dormido, ella pudo suponer perfectamente que en verdad estaba dormido y que no había visto nada, tanto más cuanto que era de todo punto inverosímil que, en caso de haber visto lo que había visto, volviera a cerrar los ojos en un momento *semejante*.

Sí, inverosímil. Pero de todos modos también podía adivinar la verdad: esa idea cruzó por mi cabeza en ese mismo instante. ¡Ah, qué torbellino de pensamientos y de sensaciones se desencadenó en un momento! ¡Viva la electricidad del pensamiento humano! En ese caso (me dije), si ella ha adivinado la verdad y sabe que no duermo, le habrá impresionado la serenidad con que acepto la muerte, y es posible que ahora le tiemble la mano. Su decisión inicial podría desvanecerse al enfrentarse con una impresión nueva y extraordinaria. Dicen que quien llega a una cumbre se siente atraído por el fondo del abismo. Creo que muchos suicidios y asesinatos se cometen únicamente porque ya se tiene el revólver en la mano. También aquí hay un abismo, una pendiente de cuarenta y cinco grados por la que uno no puede dejar de deslizarse, y algo le empuja irremisiblemente a apretar el gatillo. Pero la conciencia de que yo lo había visto todo, lo sabía todo y esperaba en silencio que ella me matara podía detenerla en su caída.

El silencio se prolongaba, y de pronto sentí en la sien, junto a los cabellos, el frío contacto del hierro. Se preguntarán ustedes si albergaba la firme esperanza de salvarme. Les responderé como si me hallara delante de Dios: no tenía la menor esperanza, como mucho una probabilidad sobre cien. ¿Por qué entonces aceptaba la muerte? Y yo pregunto a mi vez: ¿qué me importaba ya la vida después de haber visto cómo la mujer a la que adoraba me apuntaba con un revólver? Además, percibía con cada fibra de mi ser que en aquel instante se libraba entre nosotros una batalla, un duelo terrible a vida o muerte, un duelo en el que tomaba parte aquel mismo cobarde de la víspera, el hombre a quien sus compañeros habían expulsado del regimiento por cobardía. Yo lo sabía, y ella lo sabía también, a poco que hubiera adivinado que en verdad no dormía.

Es posible que no sucediera nada de eso, que en aquel instante no tuviera tales pensamientos, pero, en cualquier caso, debió de suceder así, aunque no pensara en nada, porque desde entonces no he hecho otra cosa –en todas las horas de mi vida– que repasar una y otra vez esos acontecimientos.

Pero ahora me preguntarán: ¿por qué no hizo usted nada para impedir que cometiera ese acto criminal? Ah, yo mismo me he hecho mil veces esa pregunta, cada vez que rememoraba ese segundo con un escalofrío en la espalda. Pero entonces mi alma estaba sumida en la más negra desesperación: iba a morir, iba a morir; por tanto, ¿a quién podía salvar? Además, ¿qué les hace pensar que tuviera interés en salvar a nadie? ¿Quién puede saber lo que sentía yo en ese momento?

No obstante, mi pensamiento hervía de actividad; los segundos pasaban, reinaba un silencio de muerte; ella seguía a mi lado; ¡y de pronto me estremecí de esperanza! Abrí bruscamente los ojos. Ella ya no estaba en la habitación. Me levanté de la cama: ¡había ganado la partida y ella había quedado vencida para siempre!

Fui a tomar el té. El samovar siempre se preparaba en la primera habitación y el té lo vertía ella misma. Me senté a la mesa en silencio y cogí el vaso que ella me tendía. Al cabo de unos cinco minutos la miré. Estaba terriblemente pálida, aún más pálida que la víspera, y tenía los ojos fijos en mí. De pronto... de pronto, al ver que la estaba mirando, esbozó una tenue sonrisa con sus pálidos labios y a sus ojos asomó una leve expresión inquisitiva. «Probablemente sigue albergando dudas y preguntándose: ¿lo sabe o no lo sabe? ¿Lo vio o no lo vio?» Aparté la mirada con indiferencia. Después de tomar el té, cerré el negocio, fui al mercado y compré una cama de hierro y un biombo. De vuelta en casa, mandé que pusieran la cama en la sala, con el biombo alrededor. La cama era para ella, pero no le dije ni una palabra. Y esa cama le dio a entender, sin que mediara otra explicación, que «lo había visto todo y lo sabía todo» y que no cabía ya ninguna duda. Por la noche dejé el revólver encima de la mesa, como siempre. Ella se acostó en silencio en su nueva cama: nuestro matrimonio estaba roto; «la había vencido, pero no la había perdonado». Esa noche fue presa del delirio y por la mañana tenía fiebre. Guardó cama seis semanas.

CAPÍTULO II

Lukeria acaba de anunciarme que no se quedará en mi casa y que, en cuanto entierren a la señora, se marchará. Recé de rodillas por espacio de cinco minutos; tenía intención de rezar una hora entera, pero no hacía más que pensar y pensar; y siempre esas ideas morbosas, ese dolor de cabeza... ¿cómo se puede rezar así? ¡Hasta sería pecado! También es extraño que no tenga ganas de dormir: cuando se sufre una enorme desgracia, una desgracia apenas soportable, pasados los primeros y más fuertes arrebatos, siempre se tienen ganas de dormir. Según dicen, los condenados a muerte duermen a pierna suelta la última noche. Así debe ser, así lo quiere la naturaleza; de otro modo, no alcanzarían las fuerzas... Me tumbé en el diván, pero no logré conciliar el sueño...

Lukeria, yo y una enfermera diplomada del hospital a la que había contratado la atendimos día y noche las seis semanas que estuvo enferma. No escatimé el dinero; hasta me complacía gastarlo en ella. Hice venir al doctor Schroeder y le pagué diez rublos por visita. Cuando recobró el conocimiento, empecé a pasar menos tiempo a su lado. Pero ¿a qué vienen tantos detalles? Cuando al fin pudo levantarse, se sentó con la mayor mansedumbre, sin pronunciar palabra, a la mesita que entretanto yo había comprado para ella y había puesto en la habitación... Sí, es verdad, pasábamos todo el tiempo en silencio; más tarde intercambiamos alguna palabra, pero nada más que banalidades. Desde luego, mi laconismo era premeditado, pero me daba perfecta cuenta de que ella se alegraba de no tener que decir una palabra de más. Y eso me parecía muy natural en su caso. «Está demasiado impresionada y se siente demasiado vencida –pensé–; es necesario darle tiempo para que se olvide y se acostumbre.» Así pues, guardábamos silencio; pero yo, en mi corazón, no dejaba de prepararme para el futuro. Me figuraba que ella hacía lo mismo, y me resultaba terriblemente interesante tratar de adivinar qué estaría pensando en esos momentos.

Y diré más: nadie sabe cuánto sufrí, cuánto gemí durante su enfermedad. Pero gemía para mis adentros, ahogaba los gemidos en mi pecho, incluso delante de Lukeria. No podía imaginarme, ni siquiera suponer, que ella se muriera sin enterarse de todo eso. Pero cuando estuvo fuera de peligro y empezó a recobrar la salud, me tranquilicé enseguida, lo recuerdo muy bien. Es más, decidí entonces *aplazar nuestro futuro* cuanto fuera posible y dejar las cosas como estaban. Sí, me sucedió entonces algo extraño y singular, no puedo calificarlo de otro modo: había vencido y la mera conciencia de ese hecho era más que suficiente para mí. Así pasamos todo el invierno. ¡Ah, ese invierno me sentí más satisfecho que nunca!

Debo confesarles una cosa: ha habido en mi vida una terrible circunstancia externa que hasta el momento presente, es decir, hasta que se produjo la desgracia de

mi mujer, me ha oprimido cada día y cada hora. Me refiero a la pérdida de la reputación y a mi salida del regimiento. En una palabra: se había cometido conmigo una injusticia incalificable. Ciertamente que a mis compañeros no les caía simpático por mi carácter difícil, o acaso ridículo, pues suele suceder que lo que para uno es elevado, valioso y sagrado, resulta risible para sus compañeros. ¡Ah, a mí no me han querido nunca, ni siquiera en la escuela! En ningún momento, en ningún lugar he gozado de cariño. Ni siquiera Lukeria me apreciaba. Ese incidente del regimiento, aunque en parte se debió a la aversión que me profesaban, tuvo sin duda un carácter fortuito. En ese sentido me gustaría añadir que no hay nada más ofensivo e insoportable que ser víctima de un acontecimiento que bien pudiera no haberse producido, de un desdichado cúmulo de circunstancias que podrían haber pasado de largo, como una nube. Para una persona inteligente es algo humillante.

El incidente fue el siguiente:

En el teatro, durante un entreacto, salí al ambigú. Un húsar llamado A. entró de pronto y, delante de los oficiales y del público allí presente, empezó a contarles a otros dos húsares que el capitán Bezúmtsev, de nuestro regimiento, acababa de armar un escándalo en el pasillo y que «parecía borracho». La conversación no pasó de ahí; en cualquier caso se trataba de un error, porque el capitán Bezúmtsev no estaba borracho y, en realidad, el escándalo no había sido tal. Los húsares cambiaron de tema y ahí quedó la cosa, pero al día siguiente la anécdota se difundió por nuestro regimiento; enseguida empezó a comentarse que el único miembro de nuestra unidad que se encontraba en el ambigú era yo y que, cuando el húsar A. había hablado con insolencia del capitán Bezúmtsev, no me había acercado para reprenderle. Pero ¿a santo de qué iba yo a intervenir? Si le tenía ojeriza a Bezúmtsev era un asunto personal. ¿Por qué tenía yo que inmiscuirme? Sin embargo, nuestros oficiales consideraban que aquel asunto no era personal, sino que afectaba a todo el regimiento, y que, como yo era el único oficial de la unidad que estaba presente, había dado a entender a los oficiales y civiles que se hallaban en el ambigú que algunos oficiales de nuestro regimiento no se preocupaban mucho de su propio honor ni del de su unidad. Yo no podía compartir semejante apreciación. Me hicieron saber que aún podía arreglarlo todo, que, aunque era un poco tarde, todavía estaba a tiempo de exigir una explicación formal a A. Yo no quería y, como estaba irritado, me negué con altivez. Luego, sin más dilación, pedí el retiro: a eso se reducía toda la historia. Abandoné el ejército con la cabeza bien alta, pero con el ánimo quebrantado. Mi voluntad y mi razón flaquearon. A eso hay que añadir que, por aquel entonces, el marido de mi hermana acabó de dilapidar en Moscú nuestra modesta fortuna, incluida la ínfima parte que me correspondía, así que de pronto me encontré en la calle y sin un céntimo. Podría haber ingresado en el servicio civil, pero no lo hice: después de haber llevado tan brillante uniforme, no me veía trabajando en alguna oficina del ferrocarril. En resumidas cuentas: si tenía que afrontar la vergüenza, la infamia y la degradación, lo haría de verdad. Eso fue lo que elegí. Se sucedieron tres años de

sombríos recuerdos, incluso ese episodio de la casa Viázemski. Hace año y medio murió en Moscú mi madrina, una anciana rica; para mi sorpresa, me había incluido entre sus herederos, dejándome tres mil rublos. Después de pensarlo un tiempo, decidí mi destino. Opté por abrir una casa de préstamos, sin pedir perdón a nadie: dinero, luego un lugar apartado y una nueva vida lejos de mis viejos recuerdos. Ése era mi plan. No obstante, mi sombrío pasado y mi reputación perdida para siempre me atormentaban cada día, cada hora. Fue entonces cuando me casé. ¿Fue nuestra unión fruto de la casualidad? No sabría decirlo. Pero cuando la conduje a mi casa, pensé que llevaba conmigo a un amigo, pues lo necesitaba de veras. Mas me daba perfecta cuenta de que a ese amigo tenía que prepararlo, pulirlo y hasta vencerlo. ¿Y cómo podía explicar de pronto todas esas cosas a esa muchacha de dieciséis años, con sus ideas preconcebidas? Por ejemplo, ¿cómo habría podido convencerla, sin la ayuda fortuita de ese terrible episodio del revólver, de que no era un cobarde y de que había sido injustamente acusado en el regimiento? Pero ese terrible episodio se produjo en el momento oportuno. Al soportar que me apuntara con el revólver, me vengué de todo mi sombrío pasado. Ciertamente que no lo sabía nadie, pero lo sabía *ella*, y yo no necesitaba nada más, porque ella lo era todo para mí, ¡toda la esperanza de ese futuro que entreveía en sueños! Era la única persona que concebía como compañera y no necesitaba ninguna otra, y he aquí que de pronto se había enterado. Se había enterado, al menos, de que había actuado injustamente al confabularse con mis enemigos. Esa idea me extasiaba. Yo ya no podía ser un canalla a sus ojos, sino a lo sumo un hombre raro, pero ese pensamiento, después de todo lo que había pasado, no me desagradaba tanto: la rareza no es vicio; al contrario, a veces las mujeres la encuentran atractiva. En suma, demoré el desenlace a propósito: lo que había sucedido bastaba con creces, por el momento, para mi serenidad y me proporcionaba abundantes imágenes y alimento para mis sueños. Eso es lo malo, que soy un soñador: tenía suficiente material para mis sueños; en cuanto a ella, pensaba que podía *aguardar*.

Así pasó todo el invierno, en una especie de espera de algo. Me gustaba mirarla de soslayo, cuando estaba sentada a su mesita. Se dedicaba a sus ocupaciones, repasaba la ropa blanca, y por la tarde, a veces, leía libros que tomaba de mi armario. La elección de esos libros también hablaba en mi favor. No salía casi nunca de casa. Al atardecer, después de cenar, la sacaba todos los días a estirar las piernas; dábamos un pequeño paseo, pero no en completo silencio, como antes. Yo me esforzaba para que pareciera que no callábamos, para dar a mis comentarios una apariencia de conversación cordial, aunque, como ya he dicho, ninguno de los dos era muy locuaz. Por mi parte esa actitud era premeditada; en cuanto a ella, pensaba que había que «darle tiempo». Ciertamente es extraño que ni una sola vez, casi hasta el final del invierno, se me pasara por la cabeza que, mientras a mí me gustaba mirarla de soslayo, en todo ese tiempo no la sorprendiera nunca mirándome. Suponía que se debía a su timidez. Además, después de la enfermedad, tenía un aire tan apocado, tan temeroso, tan desamparado... Sí, es mejor esperar y «un buen día ella misma se

acercara a ti»...

Esta idea ejercía sobre mí un encanto irresistible. Añadiré otro detalle: a veces me sugestionaba de manera deliberada, por decirlo así, y llegaba a convencer a mi espíritu y mi razón de que estaba enfadado con ella. Tal estado se prolongaba algún tiempo. Pero ese odio no llegaba nunca a madurar y a arraigar en mi alma. Además, yo mismo me daba cuenta de que no era más que esa especie de juego. E incluso entonces, aunque hubiera roto la vida conyugal comprando la cama y el biombo, nunca pude considerar que fuera culpable. Y no porque juzgara a la ligera su ofensa, sino porque desde el primer día, antes incluso de comprar la cama, tenía el propósito de perdonarla completamente. En una palabra: eso era una rareza por mi parte, ya que soy muy severo en cuanto atañe a la moralidad. Al contrario, la veía tan derrotada, tan humillada, tan abrumada que a veces me inspiraba una profunda compasión, aunque, a pesar de todo, en ocasiones me complacía la idea de su humillación. Sí, me gustaba pensar en nuestra desigualdad...

A lo largo de aquel invierno tuve ocasión de ocuparme deliberadamente de algunas buenas obras. Perdoné dos deudas, presté dinero a una pobre mujer sin exigirle ninguna prenda. A mi esposa no le dije ni una palabra, ni había sido mi intención que se enterara; pero aquella mujer vino a darme las gracias casi de rodillas. Y de ese modo el asunto salió a la luz. Tuve la impresión de que acogió esa historia con agrado.

Pero se acercaba la primavera, estábamos ya a mediados de abril, habíamos quitado las dobles ventanas y el sol inundaba de rayos brillantes nuestras silenciosas habitaciones. No obstante, un velo pendía delante de mí y cegaba mi razón. ¡Un velo terrible, fatal! Pero ¡esa venda cayó de golpe de mis ojos y de pronto lo vi y lo comprendí todo! ¿Fue una casualidad? ¿El destino eligió ese día? ¿O un rayo de sol alumbró el pensamiento y la intuición en mi cabeza embotada? No, no se trató de un pensamiento ni de una intuición, sino de una especie de nervio que de pronto empezó a vibrar; un nervio que parecía atrofiado se estremeció, se reanimó y bañó de luz mi alma entumecida y mi diabólico orgullo. Entonces fue como si me levantara de un salto de mi asiento. Y todo sucedió de un modo súbito e inesperado. Sucedió poco antes del atardecer, a eso de las cinco, después de la cena...

Antes de continuar, debo decir dos palabras. Desde hacía un mes había notado que se había sumido en un extraño ensimismamiento; no era que guardara silencio, sino que estaba ensimismada. También de este detalle me di cuenta de repente. Estaba sentada a la mesa, con la cabeza inclinada sobre su labor, y no se daba cuenta de que la estaba mirando. De pronto me quedé sorprendido de que se hubiera vuelto tan delgada y endeble y de que tuviera la cara tan pálida y los labios tan exangües; todo eso, sumado a su ensimismamiento, me chocó de una manera extraordinaria. Ya antes había oído una tosecilla seca, sobre todo por la noche. Me levanté al momento y, sin decirle nada, fui a ver al doctor Schroeder para pedirle que pasara a verla.

Schroeder vino al día siguiente. Ella se quedó muy sorprendida y no hacía más que mirarnos.

–Pero ¡si ya estoy bien! –dijo con un atisbo de sonrisa.

Schroeder no la examinó con mucho detenimiento (esos médicos resultan a veces descuidados por pura altanería) y, cuando pasamos a la habitación contigua, se limitó a decirme que eran las secuelas de la enfermedad y que sería una buena idea llevarla en primavera a algún lugar de la costa o, si eso no era posible, pasar una temporada en el campo. En suma, no dijo nada, solo que estaba débil o algo por el estilo. Cuando Schroeder se marchó, repitió de pronto, mirándome con una seriedad terrible:

–Pero ¡si estoy bien, completamente bien!

No obstante, nada más pronunciar esas palabras, se puso colorada, al parecer de vergüenza. ¡Ah, ahora lo entiendo! Le daba vergüenza que yo siguiera siendo *su marido*, que me preocupara por ella como un verdadero esposo. Pero entonces no lo comprendí y atribuí ese rubor a su modestia. (¡El velo!)

Y he aquí que, al cabo de un mes, un día claro y soleado de abril, a eso de las cinco, estaba sentado junto a la caja, echando cuentas. De pronto oí que ella, en nuestra habitación, sentada a su mesita, con la labor en el regazo, se ponía a cantar en voz muy baja. Ni siquiera hoy consigo explicarme la enorme impresión que me causó esa novedad. Hasta ese momento casi nunca la había oído cantar, a no ser en los primeros días, cuando la llevé a mi casa y aún podíamos divertirnos tirando al blanco con el revólver. Pero entonces su voz era todavía bastante fuerte y sonora, y, aunque a veces vacilaba, resultaba agradable y denotaba salud. Ahora su canción sonaba muy débil... Ah, no es que fuera triste (se trataba de una romanza), sino que su voz parecía rota o cascada, como si no pudiese cumplir su cometido o la cancioncilla misma estuviese enferma. Cantaba a media voz y, de pronto, en una nota más alta, la voz se quebró... La pobre vocecilla se quebró de una forma lastimosa; ella entonces carraspeó y se puso a cantar de nuevo muy, muy bajo...

Pueden reírse ustedes de mis emociones, pero nadie entenderá nunca por qué me alteré de ese modo. No, aún no me compadecía de ella, se trataba de algo totalmente distinto. Al principio, al menos en los primeros minutos, me dominaron un desconcierto repentino y un asombro terrible, terrible y extraño, doloroso y casi vengativo: «¡Está cantando, y en mi presencia!». *¿Es que se ha olvidado de mí?*

Durante un tiempo me quedé donde estaba, totalmente aturdido; luego, de pronto, me levanté, cogí el sombrero y salí, sin darme apenas cuenta de lo que estaba haciendo. Al menos no sabía adónde me dirigía ni con qué objeto. Lukeria me ayudó a ponerme el abrigo.

–¿Está cantando? –le dije sin apenas darme cuenta.

Lukeria no entendió a qué me refería y me miró asombrada; por lo demás, mi forma de actuar era en verdad incomprensible.

–¿Es la primera vez que canta?

–No, a veces canta cuando no está usted –respondió Lukeria.

Me acuerdo de todo. Bajé por la escalera, salí a la calle y eché a andar sin dirección ni rumbo. Llegué a la esquina y me quedé mirando el vacío. Los transeúntes me empujaban, pero yo no sentía nada. Llamé a un cochero y le dije, no sé por qué razón, que me llevara al Puente de la Policía. Pero al momento siguiente le di veinte kópeks y lo despedí.

–Por las molestias –le dije con una sonrisa estúpida, sintiendo de pronto una especie de júbilo en el corazón.

Volví a casa apretando el paso. Esa nota quebrada, esa pobre nota interrumpida, resonaba de nuevo en mi alma. Apenas podía respirar. ¡El velo estaba cayendo de mis ojos! Si se había puesto a cantar en mi presencia, eso quería decir que por un instante se había olvidado de mí... Era un hecho indudable y al mismo tiempo terrible. Así lo sentía mi corazón. Pero el júbilo llenaba mi alma de luz y se imponía a ese miedo.

¡Ah, ironía del destino! A lo largo de todo ese invierno mi alma no había albergado otro sentimiento que ese júbilo (¿cómo era posible?), pero ¿dónde había estado yo todo ese invierno? ¿Había sido consciente de lo que había sucedido en mi alma? Subí a toda prisa las escaleras y entré no sé si con cierto temor. Solo recuerdo que el suelo parecía tambalearse y que tenía la sensación de flotar en medio de un río. Entré en la habitación; ella estaba sentada en el mismo sitio de antes, con la cabeza inclinada sobre su labor, pero ya no cantaba. Me dirigió una mirada fugaz y desatenta, pero no era una mirada, sino ese gesto instintivo e indiferente con que se acoge la entrada de una persona en la habitación en la que nos encontramos.

Fui derecho a ella y me senté a su lado en una silla, como fuera de mí. Ella me dirigió una mirada rápida, con expresión asustada; cogí su mano y no recuerdo lo que le dije o, mejor dicho, lo que quise decirle, porque ni siquiera podía hablar como es debido. Mi voz se quebraba y se negaba a obedecerme. La verdad es que no sabía qué decir y no hacía más que jadear.

–Hablemos... ¿Sabes?... ¡Di algo! –balbucí de manera incomprensible.

Pero ¿podía decir algo sensato? Ella se estremeció de nuevo y se apartó llena de espanto, mirándome a la cara, pero de pronto asomó a sus ojos una expresión de grave asombro... Sí, de *grave asombro*. Ella me miraba con sus grandes ojos. Esa gravedad, ese grave asombro fue como un mazazo: «¿Sigues pretendiendo que te ame? ¿Que te ame?», parecía preguntarme ese asombro, aunque no pronunció palabra. Pero yo lo leí todo, todo. Temblando de pies a cabeza, me arrojé a sus pies. Sí, caí a sus pies. Ella se levantó rápidamente, pero yo le cogí las manos con fuerza extraordinaria y la retuve.

¡Era plenamente consciente de mi desesperación, plenamente consciente! Pero, créanme, en mi corazón bullía un arrebato tan incontenible que pensé que me iba a morir. Besaba sus pies, ebrio de felicidad. Sí, de felicidad, de una felicidad ilimitada e infinita, aunque me daba cuenta de que mi situación era desesperada, irremediable. Lloraba y quería decir algo, pero no podía hablar. Pronto el miedo y la sorpresa cedieron su lugar a una suerte de reflexión inquieta, a una pregunta acuciante, y entonces me miró extrañada, incluso desconcertada; quería comprender algo cuanto antes, y se le escapó una sonrisa. Le daba una vergüenza terrible que le besara los pies y los apartaba, pero yo seguía besando el lugar en que se habían posado. Ella lo vio y se echó a reír avergonzada (ya saben cómo se ríe a veces la gente de pura vergüenza). Me daba cuenta de que estaba al borde de un ataque de histeria, sus manos temblaban, pero no presté atención a esas señales y continué balbuciendo que la amaba, que no me levantaría: «Déjame besar tu vestido... adorarte de rodillas toda la vida...». Ya no sé nada más, ya no recuerdo nada más... De pronto ella estalló en sollozos y se estremeció; luego tuvo un violento ataque de histeria. La había asustado.

La llevé a la cama. Cuando se le pasó la crisis, se incorporó, me cogió las manos con aire terriblemente abatido y me pidió que me tranquilizara: «¡Deje de atormentarse, cálmese!», y de nuevo se echó a llorar. No me aparté de su lado en toda la tarde. No paraba de decirle que la llevaría a Boulogne para que tomara baños de mar, enseguida, inmediatamente, en dos semanas; que aquella tarde había oído que tenía la voz muy débil; que cerraría el negocio, se lo vendería a Dobronrávov e iniciaríamos una nueva vida. Pero ¡lo principal era ir a Boulogne, a Boulogne! Ella me escuchaba, cada vez más asustada. En cualquier caso, para mí lo más importante no era eso, sino que cada vez sentía mayores deseos de arrojarme de nuevo a sus pies, de volver a besárselos, así como el suelo que habían pisado, de adorarla. «No te pediré nada más, nada más –repetía una y otra vez–. No me respondas, no prestes atención siquiera a mis palabras; déjame tan solo que te contemple desde un rincón, conviérteme en un objeto, en un perrito...» Ella lloraba.

–Y yo creía que me iba a dejar usted así –se le escapó de pronto sin querer, tan sin querer que tal vez no se dio cuenta de lo que decía, y sin embargo fue la frase más importante, más fatídica y más comprensible de cuantas pronunció aquella tarde. ¡Al oírla, sentí como si me clavaran un puñal en el corazón! Esa frase me lo explicaba todo, pero mientras estaba a mi lado, delante de mis ojos, albergaba una esperanza

inquebrantable y era inmensamente feliz. ¡Ah!, esa tarde la fatigué muchísimo, yo mismo me daba cuenta, pero no podía dejar de pensar que iba a arreglarlo todo en ese mismo instante. Por último, ya entrada la noche, se quedó totalmente exhausta; la convencí para que cerrara los ojos, y ella se durmió al instante, con un sueño profundo. Yo temía que empezara a delirar, y no me equivoqué, pero su delirio fue muy ligero. Pasé toda la noche levantándome y acercándome sin hacer ruido, con las zapatillas puestas, para contemplarla. Al ver a esa criatura enferma tendida en ese pobre lecho, en esa cama metálica que me había costado tres rublos, me retorció las manos. Me postraba de hinojos, pero no me atrevía a besarle los pies (¡sin su consentimiento!). Me ponía a rezar a Dios, pero enseguida me incorporaba. Lukeria me observaba y salía cada dos por tres de la cocina. Fui a su encuentro y le dije que se acostara, que al día siguiente empezaría «una nueva vida».

Y yo mismo tenía una confianza ciega, loca, terrible en que así sería. ¡Ah, me sentía embargado de entusiasmo! Solo esperaba que llegara la mañana. Lo principal es que no temía ninguna desgracia, a pesar de los síntomas. Aún no había recobrado del todo el sentido de la realidad, aunque el velo había caído, y tardé mucho tiempo en recuperarlo. ¡Ah, no me ha vuelto hasta hoy, hasta el día de hoy! Y, en verdad, ¿cómo habría podido recobrarlo entonces? En aquel momento ella estaba todavía viva, se encontraba delante de mí y yo delante de ella. «Mañana, cuando se despierte, se lo diré todo y ella comprenderá.» Así era como razonaba en aquel instante, ni más ni menos, de ahí mi entusiasmo. Lo principal era ese viaje a Boulogne. Por alguna razón, pensaba que todo dependía de ese viaje, que en Boulogne se produciría algo decisivo. «¡A Boulogne, a Boulogne!...» Y aguardaba como loco la mañana.

¡Y todo eso sucedió hace solo unos días, hace solo cinco días, el martes pasado! Ah, si hubiera dispuesto de algo más de tiempo, si ella hubiera esperado un poco, habría disipado las tinieblas. ¿Acaso no había recobrado la tranquilidad? Al día siguiente me escuchaba ya con una sonrisa, a pesar de su confusión... A lo largo de ese tiempo, de esos cinco días, se sintió dominada ante todo por la confusión o la vergüenza. También tenía miedo, mucho miedo. No voy a discutir, no voy a entrar en contradicciones como si estuviera loco: tenía miedo, y ¿cómo podía no tenerlo? Hacía mucho tiempo que nos habíamos convertido en extraños, que nos habíamos alejado el uno del otro, y de pronto todo eso... Pero yo no me cuidaba de su miedo, engeguedo como estaba por la visión de esa nueva vida... Es cierto, es indudablemente cierto que cometí un error. Y puede que más de uno. Esa misma mañana, nada más despertarme (era miércoles), cometí un error: de pronto quise que fuera mi amiga. Actué con premura, con demasiada premura, pero esa confesión —en realidad se trataba de mucho más que de una confesión!— era necesaria, imprescindible. No le oculté siquiera lo que me había ocultado a mí mismo a lo largo de toda mi vida. Le dije sin más que durante todo el invierno no había dudado de su amor. Le aclaré que había abierto esa casa de empeños en un momento de desfallecimiento de la voluntad y de la razón, que con esa idea personal había buscado una suerte de autoflagelación y autoglorificación. Le expliqué que en aquella ocasión, en el ambigü, me había comportado en verdad como un cobarde, llevado de mi carácter, de mi inseguridad. Me había intimidado el ambiente, me había intimidado el lugar, me había intimidado el pensamiento de que, si intervenía, tal vez me pusiera en ridículo. No me había dado miedo el duelo, sino la posibilidad de hacer el ridículo... Y más tarde no había querido dar mi brazo a torcer, y de ese modo había hecho sufrir a todo el mundo, y también a ella, y luego me había casado con ella para atormentarla por ese motivo. La mayor parte del tiempo hablé como si fuera presa de un ataque de fiebre. Ella misma me cogía las manos y me rogaba que no siguiera: «Exagera usted... se atormenta a sí mismo». ¡Y de nuevo rompió a llorar y estuvo a punto de sufrir otra crisis! No dejaba de pedirme que no hablara más de esas cosas y las olvidara.

Yo prestaba poca o ninguna atención a sus ruegos. ¡Solo pensaba en la primavera, en Boulogne! ¡Allí lucía el sol, nuestro nuevo sol! Solo le hablaba de eso. Cerré la casa de préstamos, traspasé el negocio a Dobronrávov. A mi mujer le propuse de pronto que repartiéramos todo entre los pobres, salvo los tres mil rublos iniciales que había recibido de mi madrina, que emplearíamos para viajar a Boulogne; luego regresaríamos e iniciaríamos una nueva vida de trabajo. Así lo decidimos, pues ella

no dijo nada... No hacía más que sonreír. Creo que sonreía más que nada por delicadeza, para no apenarme. Me daba cuenta de que la estaba abrumando: no vayan a suponer que era tan tonto y tan egoísta para no verlo. Me daba cuenta de todo, hasta de los menores detalles; me daba cuenta y lo sabía mejor que nadie. ¡Toda mi desesperación estaba allí mismo, delante de mis ojos!

Le dije todo de mí y de ella. Y también de Lukeria. Le dije que había llorado... Ah, cambiaba de conversación, procuraba también no hacer alusión a ciertas cosas. E incluso ella se animó una o dos veces. ¡Lo recuerdo, lo recuerdo muy bien! ¿Por qué dicen ustedes que miraba y no veía nada? Si no hubiera sucedido eso, todo se habría enderezado. Hará cosa de un par de días, cuando la conversación se ocupó de las lecturas y de los libros que había leído ese invierno, me contó riendo esa escena entre Gil Blas y el arzobispo de Granada. Era una risa infantil, dulce, como la que tenía antes de que nos casáramos. (¡Un momento! ¡Un momento!) ¡Qué alegre me sentía! No obstante, me impresionó muchísimo esa historia del arzobispo: así que ese invierno, estando en casa, había encontrado la serenidad de ánimo y la felicidad necesarias para disfrutar de esa obra maestra. Eso quería decir que había empezado a tranquilizarse por completo; había empezado a creer firmemente que iba a dejarla *así*: «Y yo que creía que iba a dejarme *así*». ¡Ésas fueron las palabras que pronunció el martes! ¡Ah, era un pensamiento propio de una niña de diez años! Pero ¡ella lo creía, creía de verdad que todo iba a quedar así: ella sentada a su mesa y yo a la mía, y así hasta los sesenta años. ¡Y de pronto llegaba yo, el marido, y exigía que me amara! ¡Ah, qué malentendido! ¡Qué ceguera la mía!

También fue un error mirarla con tal entusiasmo. Tenía que haberme dominado, pues ese entusiasmo la asustó. Pero el caso es que me dominaba, pues ya no le besaba los pies. Ni una sola vez dejé traslucir que... que era su marido. ¡Ah, esa idea ni siquiera se me pasó por la cabeza, me limitaba a adorarla! Pero ¡era imposible callar del todo, no decir absolutamente nada! De pronto le comenté que me encantaba su conversación y que la consideraba incomparablemente –sí, incomparablemente– más cultivada y desarrollada que yo. Ella se puso muy colorada y me aseguró, toda confusa, que exageraba. Y fue entonces cuando, incapaz de contenerme y sin pararme a reflexionar, le conté con qué placer había asistido aquella tarde, detrás de la puerta, a su lucha –la lucha de su inocencia con ese sujeto– y cuánto me regocijé con su inteligencia y el brillo de su ingenio, entreverado de candor infantil. Pareció estremecerse de pies a cabeza, volvió a balbucir que exageraba, pero de pronto su rostro se ensombreció, se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos... Entonces no pude dominarme: volví a arrodillarme ante ella y me puse a besar sus pies; de nuevo todo acabó en un ataque de nervios, como el del martes. Eso fue ayer por la tarde, y a la mañana siguiente...

¿A la mañana siguiente? ¡Insensato, pero si ha sido esta misma mañana, hace apenas un instante, un solo instante!

Escuchen y traten de comprender: hace unas horas, cuando volvimos a reunirnos

en torno al samovar (después de la crisis de la víspera), me sorprendió encontrarla tan serena. ¡Así es! Yo me había pasado toda la noche temblando de miedo por lo que había pasado la víspera. Pero de pronto se me acercó, se detuvo delante de mí y, juntando las manos (¡hace tan poco, tan poco!), empezó a decirme que era culpable y que lo sabía; que su culpa la había atormentado todo el invierno y seguía atormentándola ahora... que tenía en alta estima mi generosidad... «Seré su fiel esposa y le respetaré...» Al oír estas palabras, me puse en pie de un salto y la abracé como loco. La besé; la besé en la cara, en los labios, como hace un marido después de una larga separación. ¿Por qué se me ocurriría salir esa mañana? No fueron más que dos horas... Había ido a sacar nuestro pasaporte para el extranjero... ¡Ah, Dios mío! ¡Si hubiera vuelto cinco minutos antes, solo cinco minutos!... Y luego esa muchedumbre ante nuestra puerta, esas miradas clavadas en mí... ¡Ah, Dios mío!

Lukeria dice (oh, ahora no la dejaré marcharse a ningún precio; lo sabe todo, pasó en casa todo el invierno y me lo contará todo), dice que, mientras estuve fuera, unos veinte minutos antes de mi regreso, entró de pronto en nuestra habitación para preguntar algo a la señora –no recuerdo qué– y vio que había sacado el icono (esa misma imagen de la Virgen) y lo tenía encima de la mesa, delante de ella, como si acabara de rezar.

–¿Qué le pasa, señora?

–Nada, Lukeria, déjame... Espera, Lukeria.

Se acercó a ella y la besó.

–¿Es usted feliz, señora? –preguntó Lukeria.

–Sí, Lukeria.

–Hace mucho que el señor debió venir a pedirle perdón... Gracias a Dios que han hecho las paces.

–Bien, Lukeria –dijo ella–, puedes irte –y sonrió, pero de un modo extraño, tan extraño que Lukeria volvió a los diez minutos para ver lo que hacía.

–Me la encontré pegada a la pared, muy cerca de la ventana, con la mano apoyada en el muro y la cabeza en la mano. Estaba tan abismada en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que me encontraba en la otra habitación y la estaba mirando. Parecía sonreír; pensaba y sonreía. Después de contemplarla un rato, me di la vuelta y salí sin hacer ruido, pensando algo para mis adentros, cuando de pronto oí que abría la ventana. Me acerqué enseguida para decirle: «Hace frío, señora; tenga cuidado, no vaya a resfriarse». Pero de pronto vi que se había subido al alféizar y se había puesto de pie, cuan larga era, delante de la ventana abierta, de espaldas a mí, con el icono en las manos. El corazón me dio un vuelco y grité: «¡Señora, señora!». Ella me oyó e hizo ademán de girarse, pero en el último momento cambió de opinión, dio un paso al frente, apretó el icono contra el pecho y se arrojó por la ventana.

Lo único que recuerdo es que, cuando llegué al portal, aún estaba caliente. Pero lo peor es que todo el mundo me miraba. Al principio gritaban, pero de pronto callaron y me abrieron paso... Y fue entonces cuando la vi en el suelo, con el icono en las

manos. Recuerdo de una manera muy confusa que me acerqué en silencio y pasé largo rato mirándola; todos me rodeaban y me decían algo. Lukeria también estaba allí, pero yo no la vi. Dice que habló conmigo. Solo recuerdo a un señor que no dejaba de gritarme: «¡Le ha salido un puñado de sangre por la boca! ¡Un puñado! ¡Un puñado!», y me mostraba la sangre sobre el pavimento. Creo recordar que toqué la sangre con el dedo, me lo manché y me quedé mirándolo (eso sí lo recuerdo), mientras ese hombre seguía diciendo: «¡Un puñado de sangre! ¡Un puñado!».

–¿Qué quiere decir con eso de un «puñado»? –vociferé con todas mis fuerzas (según me ha asegurado la gente) y me abalancé sobre él con los brazos en alto.

¡Ah, qué absurdo, qué absurdo! ¡No hay quien lo entienda! ¡Es inverosímil! ¡Imposible!

¿No tengo razón? ¿Es eso verosímil? ¿Se puede considerar posible? ¿Por qué motivo murió esa mujer?

Ah, créanme, lo comprendo; pero sigo preguntándome por qué motivo murió. ¿Se asustó de mi amor, se planteó seriamente si debía o no aceptarlo e, incapaz de afrontar esa cuestión, prefirió morir? Ya sé que es absurdo devanarse los sesos: había hecho demasiadas promesas y tenía miedo de no poder cumplirlas; está claro. Pero hay algunas circunstancias verdaderamente terribles.

¿Por qué motivo murió? La pregunta sigue ahí, martilleando mi cerebro. Podría haber dejado las cosas *así*, si es lo que ella deseaba. Pero ¡ella no creía que eso fuera posible! No, no, estoy mintiendo, no es eso. Se trata simplemente de que tenía que ser honrada conmigo: tenía que amarme con toda el alma, no como habría amado a un comerciante. Y, como era demasiado casta y demasiado pura para aceptar la clase de amor que habría satisfecho a un comerciante, no quiso engañarme. No quiso engañarme con un amor a medias o una cuarta parte de amor vestido de amor verdadero. ¡Era muy honrada, señores! Yo quise entonces inculcarle amplitud de miras, ¿recuerdan? ¡Qué idea tan extraña!

Daría cualquier cosa por saber si de verdad me quería. No sé si me despreciaba o no. Creo que no. Es de lo más extraño: ¿por qué a lo largo de todo el invierno no se me pasó por la cabeza ni una sola vez que pudiera despreciarme? Estaba plenamente convencido de lo contrario hasta el momento aquel en que me miró con *grave asombro*. Sí, señor, con *grave asombro*. Entonces comprendí de golpe que me despreciaba. ¡Lo comprendí de manera irrevocable, de una vez para siempre! ¡Ah, hubiera preferido que me despreciara, incluso hasta el final de mis días, con tal de que siguiera viva, viva! Hace apenas unas horas aún andaba y hablaba. ¡No entiendo cómo es posible que se haya arrojado por la ventana! ¿Cómo podía figurarme una cosa así incluso cinco minutos antes? He llamado a Lukeria. ¡Ahora no dejaré que se marche por nada del mundo!

Ah, aún podríamos habernos puesto de acuerdo. Es verdad que a lo largo de ese invierno nos habíamos alejado mucho el uno del otro, pero ¿acaso no habría podido recomponerse la situación? ¿Por qué, por qué no habríamos podido entendernos e iniciar una nueva vida? Soy un hombre generoso y ella también lo era... ¡así que teníamos algo en común! Habrían bastado unas cuantas palabras, dos días a lo sumo, y ella lo habría entendido todo...

Lo más doloroso es que todo parece obra del azar, de un azar vulgar, bárbaro, ciego. ¡Eso es lo que me duele! ¡Cinco minutos, solo me retrasé cinco minutos! Si hubiera llegado cinco minutos antes, ese momento habría pasado de largo como una

nube, y esa idea no habría vuelto a cruzar por su imaginación. Habría terminado por comprenderlo todo. Y ahora las habitaciones vuelven a estar vacías, de nuevo me veo solo. Ahí sigue el péndulo con su tictac, indiferente a todo, ajeno a cualquier pesar. Ya no tengo a nadie... ¡Ésa es mi desgracia!

Voy y vengo, no hago más que ir de un lado a otro de la habitación. Ya lo sé, ya lo sé, no me digan nada: ¿les parece ridículo que me queje del azar y de esos cinco minutos? Pero es una evidencia. Consideren únicamente este detalle: ni siquiera dejó una esquila con estas palabras: «No culpen a nadie de mi muerte», como hace todo el mundo. ¿Es posible que no comprendiera que hasta podía comprometer a Lukeria? «Estabas sola con ella, así que fuiste tú quien la empujó.» En el mejor de los casos, aunque no la acusaran de nada, podían haberla atosigado a preguntas, de no haber sido porque cuatro personas habían visto desde las ventanas del pabellón y desde el patio cómo se encaramaba en el alféizar con el icono en la mano y ella misma se arrojaba al vacío. Pero también es obra del azar que hubiera allí personas para verlo. No, todo fue cosa de un instante, de un instante en el que no se dio cuenta de lo que hacía. ¡Fue un impulso, un arrebato! ¿Qué importa que hubiera rezado delante del icono? Eso no quiere decir que tuviera intención de matarse. Es posible que toda la escena no se prolongara más de diez minutos; todo se decidió cuando estaba pegada a la pared, con la cabeza apoyada en la mano, sonriendo. De pronto se le ocurrió esa idea, la cabeza empezó a darle vueltas y fue incapaz de resistirse.

Digan ustedes lo que quieran, pero nos encontramos ante un malentendido evidente. Podría haber seguido viviendo conmigo. ¿Y si la causa fue la anemia? ¿Y si se debió todo simplemente a la anemia, al agotamiento de la energía vital? Ese invierno la había dejado extenuada, eso es todo...

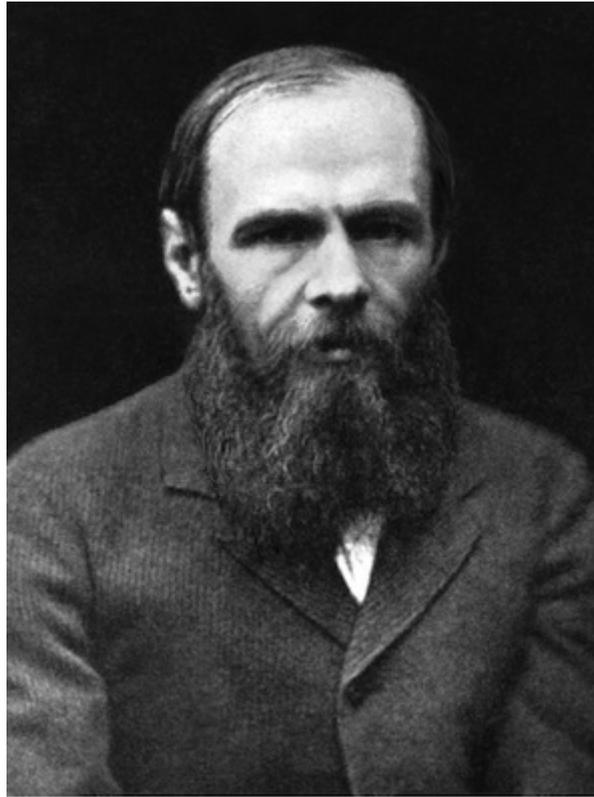
¡¡¡Llegué tarde!!!

¡Qué pequeña se la ve en el ataúd! ¡Cómo se le ha afilado la nariz! Las pestañas son largas como flechas. ¡Y a pesar de la caída no se rompió ni se quebró nada! Solo ese «puñado de sangre». Una cucharadita de té, más bien. Hemorragia interna. Qué idea tan extraña: ¿y si fuera posible no enterrarla? Lo digo porque si se la llevan... ¡No, es casi imposible que se la lleven! Ah, sé muy bien que tienen que llevársela, no estoy loco ni deliro; al contrario, nunca he tenido la mente más despejada. Pero ¿cómo es posible que de nuevo no haya nadie en la casa, que me quede de nuevo solo en las dos habitaciones, rodeado de objetos empeñados? ¡Delirio, delirio, eso sí que es un delirio! ¡Tanto la hice sufrir que acabó matándose, eso es todo!

¿Qué me importan ahora vuestras leyes? ¿De qué me valen vuestras costumbres, vuestra moral, vuestra vida, vuestro Estado, vuestra religión? Que me juzguen vuestros magistrados, que me lleven ante el tribunal, ante un tribunal público, y yo diré que no reconozco nada. El juez gritará: «¡Cállese, oficial!». Y yo le responderé: «¿Qué fuerza puedes invocar ahora para obligarme a que te obedezca? ¿Por qué un tenebroso azar ha destruido lo que más quería? ¿Qué me importan ya vuestras leyes? No quiero saber nada de vosotros». ¡Ah, me da todo lo mismo!

¡Ciega, ciega! ¡Está muerta, no oye! ¡No sabes de qué paraíso te habría rodeado! ¡Ese paraíso estaba en mi alma y yo lo habría extendido a tu alrededor! Es verdad que no me habrías querido, pero ¿qué importa eso? Habríamos dejado las cosas *así*, todo habría quedado así. Simplemente me habrías hablado como un amigo, y nos habríamos regocijado juntos, nos habríamos reído alegremente, mirándonos a los ojos. Así habríamos vivido. ¡Y poco habría importado que te hubieras enamorado de otro! Pasearías y te reirías con él, y yo te contemplaría desde el otro lado de la calle... ¡Ah, lo aceptaría todo con tal de que abriera los ojos, aunque solo fuera una vez! ¡Por un instante, nada más que por un instante! ¡Y me mirara como hace unas horas, cuando estaba delante de mí y me juraba que sería una esposa fiel! ¡Ah, una mirada le bastaría para comprenderlo todo!

¡Azar! ¡Ah, naturaleza! Los hombres están solos en el mundo, ¡ésa es la desgracia! «¿Queda aún un hombre vivo en la llanura?», clama el paladín de las leyendas rusas. Lo mismo clamo yo, que nada tengo de paladín, y nadie me responde. Dicen que el sol da vida al universo. Contemplad el sol cuando sale... ¿no es por ventura un cadáver? Todo está muerto y los cadáveres yacen por doquier. Hombres solos rodeados de silencio: ¡eso es el mundo! «Amaos los unos a los otros.» ¿Quién dijo eso? ¿Quién nos dio ese mandamiento? El péndulo sigue con su insensible y repugnante tictac. Son las dos de la madrugada. Sus botines están junto a la cama, como esperándola... No, en serio, cuando mañana se la lleven, ¿qué será de mí?



FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOIEVSKI nació en Moscú en 1821, hijo de un médico militar. En 1845 publicó su primera novela, *Pobre gente*. Después de ocho años de trabajos forzados en Siberia, de regreso a San Petersburgo en 1859 publicó la novela *La aldea de Stépanchikovo y sus habitantes*, y en 1862 *Memorias de la casa muerta*, un año después que su primera novela larga, *Humillados y ofendidos*.

Tras una vida nómada y trágica, desde la publicación en 1866 de *Crimen y castigo*, su prestigio y su influencia fueron centrales en la literatura rusa, y sus novelas posteriores no hicieron sino incrementarlos: *El jugador* (1867), *El idiota* (1868), *El eterno marido* (1870), *Los endemoniados* (1872), *El adolescente* (1875) y, especialmente, *Los hermanos Karamázov* (1879-1880). Sus artículos periodísticos se hallan recogidos en su monumental *Diario de un escritor* (1873-1881). Murió en San Petersburgo en 1881.

Notas

[1] En la Rusia zarista, aparte de la nobleza de cuna («hereditaria»), existía la nobleza «personal», a la que se podía optar al alcanzarse cierto alto grado (el octavo, concretamente) en la carrera funcionarial, que daba derecho a un título. Este título, alcanzado un grado más alto, podía heredarse. *[Esta nota, como las siguientes, es del traductor]*. <<

[2] Albergue nocturno para mendigos y vagabundos, un lugar de mala reputación. <<